BASES PARA UNA EQUILIBRADA TRANSFORMACIÓN DEL CONFUSO, CAÓTICO E IMPROVISADO DEVENIR HUMANO.

Tercer Volumen.

La democracia y la justa completa aplicación de sus principios y finalidades.

INDICE.

Acotación inicial.

Prologo introductorio.

La democracia y su inicial posición cultural.

La democracia una ideología afecta de malversación.

La democracia la libertad y el libertinaje.

Democracia: posición conceptual - condición aplicativa.

La democracia integral y la “cultura de la civilidad”.

Las negativas desviaciones democráticas y la cultura de la incivilidad.

La des-articulación de los preceptos democráticos aplicados bajo el primitivo ordenamiento “aislacionista - divisionista”.

La democracia y su incompatibilidad con el momento de su presencia evolutiva.

La democracia como instrumento utilizado en protección de propios intereses.

Las estructuras democráticas y la descomposición funcional de la política.

La democracia y la ausencia de esenciales exigencias de cumplir para un eficiente ejercicio general.

La democracia una ideología de ser actuada en todos los sectores y órdenes de la forma de vida.

La democracia y su reducido habitual ámbito funcional.

Las poblaciones sin suficiente formación democrática se muestran imposibilitadas de vivir según los principios de ese sistema.

Anómala disposición de relación entre "ser humano y democracia".

El consenso social es un complemento de la democracia, no su esencia funcional.

A poco sirve la "libertad de expresión" si el criterio utilizado adolece del justo apoyo de razones lógicas.

Solo una humanidad con un alto taso de "cultura de la civilidad" puede atribuirse la posibilidad y el dono, de practicar la democracia en su justa medida.

La puesta en práctica de "ideologías" políticas sustentadas en supuestos propios principios democráticos, no asegura de-cursos guiados y ejercitados según las indicaciones surgidas de sus fundamentos.

Los esfuerzos de la política por alcanzar una función democrática solo constituye un irrelevante marco al valor de su verdadera identidad.

La proyección de un justo ejercicio de la "democracia" se obtiene enseñando e inculcando profundamente en el espíritu, la esencia de la entera extensión de sus posiciones conceptuales.

La cultura "democrática" y la libertad responsable.

La cultura democrática abarca un amplio espectro conceptual-cultural y comprende el entero campo de las actividades humanas.

Desde el punto de vista de la "democracia" real la humanidad se encuentra en un confuso y des-articulado preámbulo de su concreta aplicación.

La humanidad se presenta aún extremamente inmadura e imperfecta a ejercitar sus funciones de vida en modo realmente democrático.

El real ejercicio democrático es un lujo cultural de ser considerado de la humanidad, un sueño de alcanzar aun en estado embrionario de no configuración.

Epilogo.

Acotación inicial.

El ejercicio de la “democracia” en su genuina y eficiente versión dejará de presentarse como un altisonante bastión, para ser llevado a la práctica en las mas justas condiciones de configuración al interno de los órganos de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales (dispuestos a cumplir en el mejor de los modos sus preciosas funciones), cuando su práctica se realice en un campo gobernado por la “cultura de la civilidad” y la “integración social planetaria”.

Prologo introductorio.

El ejercicio del modelo democrático al interno de una sociedad no va relativizado a su aplicación en el terreno político o en el campo de las libertades individuales.

La práctica democrática abarca el entero ámbito de actividades desarrolladas en el medio social.

La libertad de desenvolvimiento es solo una parte constitutiva del complejo desarrollo democrático, pues el mismo depende (antes del ejercicio del libre albedrío) de su consolidación conceptual y aplicativa en los ámbitos comporta-mentales, convivencia-les y de relación en general.

Consolidación fundada en el respeto
de las normas de responsabilidad
democrática
individuales y colectivas,
de asumir
para afrontar el sistema
y cumplir con sus principios y fundamentos esenciales.

Sin un prioritario y primordial utilizo de la responsabilidad en el uso de la libertad democrática, apoyada en una determinada preparación específica a tales efectos en los campos comporta-mental, de convivencia y de relación de cada individuo, el modelo se descompone en su ejercicio hasta representar una triste, desvaída maqui-eta de si mismo.

Cuando la democracia es utilizada en beneficio de propios intereses desvinculada de extenderse a su amplio contexto funcional (en modo de justificar plenamente los fundamentos de su ejercicio), su profundo valor conceptual se diluye hasta desvirtuar en los pasos sucesivos la delicada trama de su calidad conceptual.

Es un garrafal error pensar en la libertad democrática como una entidad dispuesta a autorizar todo tipo de propias posiciones, sin respetar los esenciales cánones de una justa repercusión de las maniobras ejecutadas.

A poco sirve la libertad
si ella exime del imprescindible criterio
de "bien común"
dispuesto a orientar cada movimiento democrático.

La libertad democrática no permite todo.
Su exigente planteo indica a su configuración aplicativa la necesidad de atenerse a condiciones de ejercicio, basadas en el absoluto respeto de las mejores reglas del desenvolvimiento lógico y honesto, para ser incorporado y aceptado como justo en el gelatinoso terreno de su entrelazada proyección.

El ejercicio democrático es un infinito congenio cuyo buen funcionamiento depende de un conjugado desarrollo, de los múltiples factores constitutivos de la forma de vida.
Factores dispuestos a interpretar con prioridad y en el mejor de los modos, la aplicación de las bases esenciales de sus válidos fundamentos generales y de ser realizados en todos los ámbitos sociales.

La fragilidad de la democracia
se manifiesta en su fácil des-articulación funcional
cuando
su configuración no responde
a las múltiples vertientes,
encargadas de otorgar
las adecuadas características
al justo desarrollo de las dinámicas sociales.

El ejercicio anacrónico de diversos versan-tes funcionales inmersos en el medio social, suelen constituir componentes suficientes a tergiversar el proceso de un eficiente de-curso del desenvolvimiento democrático.

Bastan pocos elementos de acción al interno de la sociedad para implementar el crecimiento de las faces nocivas, tendientes a incrementar el desequilibrio del entero contexto.
Esta condición hace precipitar funcional-mente el devenir democrático situándolo al margen de una real y efectiva eficiencia en el desarrollo de sus mecanismos.

La eficiencia de la concepción democrática
para declamar
una efectiva suficiente
aplicación funcional,
es preciso
ejercite sus contenidos en modo dominante
en todos
los campos del medio social.

Tal posición redundará en la exaltación de su propia cultura cuando se practique en modo regular a partir de cada individuo componente una sociedad.

El constante intercambio comporta-mental, de convivencia y de relación, basado en el responsable respeto de los preceptos democráticos (según sus justos y esenciales valores), reflejará en su acción dominante un de-curso de proceso identificado con un regular desenvolvimiento de ese sistema.

La democracia y su inicial posición cultural.

La “democracia” como posición conceptual nace de una de las esporádicas pero insinuantes apariciones en la escena de la forma de vida, de los factores positivos de la interioridad.
Aparición dispuesta a interrumpir con un hálito de fresco influjo de “civilidad” el distorsionado, contradictorio desenvolvimiento cultural de la humanidad (ha densa-mente poblado su de-curso evolutivo).

Bajo el dominio de la “cultura de la incivilidad” la “democracia” se presenta como un cuerpo extraño, ajeno a las condiciones funcionales en vigencia.

La “democracia” en su momento de aparición
se propone en un ámbito
extremamente
contaminado de “incivilidad”.
Su inesperada introducción
mueve a las mas punzantes y contradictorias críticas.

La dominante “cultura de la incivilidad” adopta una actitud inicialmente irónica, para transformarse en rápida sucesión en una posición defensiva.

La “cultura de la incivilidad” descubre y experimenta una seria sensación de preocupación respecto a una posición conceptual, indirectamente interesada en interrumpir o al menos a condicionar en algún modo la hegemonía de su desenvolvimiento estructural y funcional.

La “democracia” surge en un momento de debilidad a de excesiva confianza en sus propias fuerzas de parte de la “cultura de la incivilidad”.

La aparición de la “democracia” en el campo conceptual, refleja probablemente la intención de demostrar por parte de los “factores positivos de la interioridad”, la propia presencia en el contenido intrínseco humano.

Los “factores positivos interiores”
relegados
a posiciones de intrascendente repliego,
han entendido demostrar en su débil posición,
su orgullosa existencia.

La puesta en juego de la concepción democrática se propone en el obscuro panorama cultural humano como un esplendente rayo luminoso.
Rayo luminoso proyectado a asumir el significado de no considerar decisivo y terminante, el dominio de la “cultura de la incivilidad” al interno de la forma de vida en general.

La introducción de la “democracia”
se propone como una luz de esperanza
cuyo mensaje,
abre en algún modo la puertas
a la presencia de la “cultura de la civilidad”.

La sorpresiva entrada en escena de la concepción “democrática”, es posiblemente la intrincada trama tejida a lo largo de un prolongado tiempo de inadvertida preparación. Seguramente durante su progresión temporal la posición “democrática” ha sufrido y atravesado todo tipo de obstáculos.

Finalmente los “factores positivos interiores” interrumpidos con frecuencia por los continuos escozores provocados por la “cultura de la incivilidad” en torno a la forma de vida, han terminado de elaborar y poner en manos de la humanidad una prueba de su presencia.

La “democracia” se presenta en un contexto humano dominado por las “cultura de la incivilidad”, como una entidad cuya propuesta se presenta incomprensible e injustificada a los regulares y distorsionados habituales mecanismos funcionales.

Ante tales efectos la “democracia”
en su prolongado y contradictorio proceso
para ser simplemente aceptada,
ha sufrido, soportado y superado
todo tipo de arbitrarias vejaciones.

Por otra parte no podía ser de otra manera teniendo en consideración cuanto la “cultura de la incivilidad” (en un natural acto defensivo), había tendido las redes para contener y limitar la incómoda intromisión de la “democracia”.

La “cultura de la incivilidad” con su rápida y preventiva visión de los acontecimientos, había identificado un bien definido peligro en el desarrollo de la “democracia”.
Peligro de ser interceptado y maniobrado para evitar perder continuidad en su acción dominante.

La “cultura de la incivilidad” ha basado la conservación de su dominio a través del tiempo en la capacidad de actuar preventivamente, sobre todo medio individualizado como posible elemento de oposición a sus designios.

La “democracia” ha obtenido una laboriosa posición en el campo dominado de la “cultura de la incivilidad”, en virtud del indiscutible valor de sus principios y fundamentos conceptuales

La democracia una ideología afecta de malversación.

La “democracia” una vez aceptada e incorporada
en algún modo a la forma de vida,
ha sido sometida a un trajinado proceso
de adecua-miento
a las “inciviles“ circunstancias imperantes.

A lo largo de su de-curso evolutivo la “democracia” (inmersa en un ámbito dominado de la “cultura de la incivilidad”), ha ido sufriendo al interno de su pura y genuina configuración conceptual, las inevitables distorsiones surgidas de su puesta en práctica en un medio adverso a sus reales condiciones de función.

La puesta en práctica de la “democracia” (posición conceptual dotada de un excelso nivel de “civilidad”) en un medio cultural dominado por la condición opuesta, solo podía con el transcurrir del tiempo sufrir un proceso de adaptación a tales circunstancias.

La adaptación ha ido convirtiendo a la “democracia” en un instrumento conceptual factible de ser manipulado, según las mas variadas y contrapuestas posiciones emanadas de un propio interés en ser interpretada.

No podía ser de otro modo para un instrumento conceptual elaborado en el signo de la “cultura de la civilidad”, inserido en un medio bajo un bien definido dominio de la posición opuesta.

Lentamente con el correr del tiempo
las estructuras y funciones
destinadas a configurar modelos
de tipo conceptual “democrático”,
se han ido paulatinamente desnaturalizando.

Las dinámicas funcionales internas dominadas por la “cultura de la incivilidad”, han ido deteriorando y sometiendo a la corrosión los principios y fundamentos fundadores de la concepción democrática.

Un intersticial degrado ha ido invadiendo lenta pero paulatinamente las arquitecturas conceptuales concebidas según supuestos criterios democráticos.

Finalmente la “democracia” se halla sumida en un creciente condición de degrado, provocado por la hábil capacidad de maniobra desarrollada por la “cultura de la incivilidad”.

La “cultura de la incivilidad” ha proyectado en modo impecable el degrado de la “democracia”, utilizando su dominante condición para inserirse en torno y al interno del entero contexto de componentes destinados funcionalmente a configurarla.

La “democracia” no ha envejecido
ni sus principios y fundamentos han perdido actualidad,
simplemente ha caído indirectamente
bajo el dominio
de la “cultura de la incivilidad”,
no dispuesta a otorgar a algún acto
dotado de auténtica “civilidad”,
la posibilidad de crecer y desarrollarse.

En la actualidad la “democracia” se presenta (respecto al integral y justo cumplimiento de sus principios y fundamentos), como una entidad en la práctica “malversada” al interno de sus mas válidas posiciones conceptuales.

La democracia la libertad y el libertinaje.

La democracia y la libertad.

La “democracia” ha dado la posibilidad de expresar en “libertad” ideas y opiniones referidas en particular a los órganos de conducción y ordenamiento de los cuerpos

sociales.
La “libertad” de opinión y el peso electoral respecto al operado de las entidades con capacidad de ostentar el poder de decisión, ha constituido un fundamental paso en la configuración de las estructuras y funciones de conducción y ordenamiento.

La “democracia” ha permitido intervenir a la masa del cuerpo social a través de la opinión individual traducida en el ejercicio del voto electoral.

Voto electoral proyectado a establecer en relación con la mayoría establecida, la elección de las autoridades dispuestas a gobernar los cuerpos sociales.

Autoridades surgidas
de las ideologías y las estructuras
por ellas representadas
y puestas en acción,
con la directa
participación del interés público
llamado a intervenir en la proyección del evento.

A través del ejercicio de la libertad de expresión y la reconocida autorización de la misma a intervenir con su dictamen mas importante en la organización funcional de los cuerpos sociales, la “democracia” pasa a ocupar una posición cultural conceptual de máximo relieve.

Por la capacidad otorgada a las masas sociales en la modalidad de ser adoptada en su propia gestión de conducción y ordenamiento, la “democracia” ha abierto un nuevo mas “civil” camino en tan importante, determinante campo componente la forma de vida en general.

Después de un tan prolongado tiempo extendido a casi el entero de-curso evolutivo la presencia de la “democracia” y del ámbito de libertad a ella vinculada en modo directo, es de considerar una consecuencia inevitable.

El advenimiento de la “democracia”
y de la libertad
de los cuerpos sociales a ellas asociadas,
se considera
una
consecuencia inevitable
o mejor imprescindible de ser realizada.

Inevitable e imprescindible advenimiento de la “democracia” y del fundamental hálito de libertad, ante la imposibilidad de prolongar en el tiempo evolutivo una precaria y extremamente “incivil” condición cultural, sometida a una total opresión de parte del poder de decisión.

Condición cultural a pre-valencia primitiva e instintiva capaz de proyectar a la humanidad a un cierto punto evolutivo, a un insostenible terreno de “incivilidad”.

Los diversos modelos de índole mas o menos despóticas sucedidos a lo largo de la gran mayor parte del proceso evolutivo humano, habían agotado toda posibilidad continuar a establecer un regular recambio.

El recambio de la “democracia”
como entidad cultural conceptual
en reemplazo
de los decadentes y decididamente “inciviles”
entero contexto de modelos precedentes,
ha constituido llegado un momento evolutivo un acto debido.

La incorporación de la “democracia” al contexto conceptual de ser utilizado en el campo de conducción y ordenamiento de la forma de vida, es posiblemente de considerar (según una serie de factores intervinientes en el proceso), un acto debido antes que un natural proceso de mejoramiento programado.

La humanidad también en esta caso como en la mayor parte de los realizados en los mas importantes campos de su desenvolvimiento funcional, se introduce en un camino de mejoramiento impulsada por imperiosas necesidades, cuyas condiciones la obligan a transitar-lo.

La humanidad aún dominada de las culturas de base primitivas e instintivas prefiere en general aferrarse a las condiciones ya en vigencia de largo tiempo (no importa cuanto plagadas de negativas posiciones).

La dependencia cultural
a formas primitivas e instintivas
ha mantenido a la humanidad anclada
(durante un prolongado en extremo tiempo evolutivo),
a atrasados y retrógrados
modelos de conducción y ordenamiento.

Modelos de conducción y ordenamiento cuya permanencia casi hasta los albores de la actual faz evolutiva, han continuado a conducir autoritaria-mente la mayor parte de los cuerpos sociales.

Llegado a un punto de total incompatibilidad de los autoritarios modelos provenientes del pasado en su relación con la proyección de los acontecimientos evolutivos, la humanidad se ha visto práctica y realmente obligada a transitar el camino de la “democracia” y de la libertad.

Las ventajas culturales obtenidas del advenimiento de la “democracia” son claros y ostensibles en el campo de las relaciones al interno de los cuerpos sociales, involucrados en forma directa en el propio proceso de crecimiento y desarrollo.

Resulta del todo inadmisible el haber empleado tanto tiempo en elaborar y poner en función la “democracia”, no siendo de considerar un producto conceptual nacido de particulares y geniales conjeturas.

Si se considera la introducción
y puesta en función de la “democracia”
un acto debido
a las circunstancias evolutivas imperantes,
es de deducir cuanto la “libertad de opinión” jamás previamente ha sido interpretada
como un fundamental derecho de ser ejercido plenamente.

Simplemente es de considerar la presencia de la “democracia” (en un contexto cultural dominado por la “incivilidad”), una consecuencia necesaria de tener en cuenta para poder utilizar en la obtención del consenso.

Por ello en el ejercicio malversado de la “democracia” lo importante es saber como condicionar la libertad de opinión de cada uno en beneficio del propio consenso.

Consenso imprescindible de obtener cuando se trata de dictaminar las autoridades interesadas, a interpretar los importantes roles de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales.

La “democracia” y el libertinaje.

Introducida en el largamente discutido terreno de la “democracia” la humanidad entabla una prolongada y accidentada lucha (aún en plena acción de decantar), en implementar los distintos términos dispuestos a poner en función los dictados provenientes de esa concepción.

Los principales y mas importantes
intereses en juego
habituados a maniobrar con a disposición
el entero contenido del poder,
si al inicio se oponen
luego comprenden la necesidad
de reorganizar sus funciones ajustándose a las reglas democráticas.

Las funciones de los mas importantes intereses no tardaron en encontrar dentro del modelo “democrático”, el modo de imprimir a sus funciones las mismas negativas características de siempre.

El modelo “democrático” muestra en su “civilidad” de configuración conceptual una amplia gama de puntos débiles, pues una vez instaurado como instrumento de uso central su mal empleo inicia a traducirse en condiciones degradantes.

La “democracia” una vez introducida en el campo de los mas importantes sectores humanos, inicia a sufrir las sistemáticas y arbitrarias embestidas provenientes de la dominante “cultura de la incivilidad”.

Siendo el instrumento cultural dominante del entero contexto de sectores componentes la forma de vida, la “incivilidad” inicia a condicionar el desenvolvimiento de la “democracia” interviniendo en modo indirecto sobre ella, a través de múltiples factores en grado de condicionarla.

La “cultura de la incivilidad”
sin prisa y sin pausa
genera un proceso de degrado
al interno
de las posiciones conceptuales ”democráticas” llevadas a la práctica.

De tal proceso surge un resultado negativo para la “democracia” quien lentamente ve convertirse la importante función de “libertad” en “libertinaje”.

Puede definirse “libertinaje” a un uso inescrupuloso de la “libertad” llevada a terrenos aplicativos, capaces de transformarla en un instrumento negativo en cuanto a específicos

desenvolvimientos funcionales.

El uso negativo de la “libertad” convierte en actos de “libertinaje” a todo aquello en busca de identificarse con ella, y otorgarle al mismo tiempo a los dudosos contenidos sus propias y deformadas características de valor.

El “libertinaje” desvirtúa los verdaderos valores de la “libertad “reduciéndola a una “incivil” interpretación de “conveniencia”.

Plagada de negativas condiciones la “libertad” se traduce en “libertinaje”, y se convierte sin alguna mínima intención de hacerlo en cómplice de la “cultura de la incivilidad”.

Democracia: posición conceptual - condición aplicativa.

Posición conceptual.

La “democracia” constituye una configuración conceptual cuyo radio de acción abarca el entero espectro de sectores involucrados en la forma de vida.

La “democracia” no es de considerar una concepción particularmente destinada a ser aplicada solo a la política, o a los distintos medios y niveles de conducción y ordenamiento relacionada con la misma.

Tal posición encuadra en un marco
extremamente
reducido y limitado
la proyección de sus efectos funcionales,
capaz de relacionarse activamente
con todos los aspectos relacionados con la forma de vida.

Bajo el aspecto de la configuración conceptual propiamente dicha, la “democracia” ha nacido auspiciada por un bien definido e identificado acto de “civilidad” intelectual.

Dotada de particulares características de “civilidad” la configuración conceptual de la “democracia”, se presenta ante todo como una entidad cultural destinada a intervenir (sin imponer algún tipo de presión), estableciendo principios, fundamentos y disposiciones de ser libremente aplicadas.

Los principios y fundamentos a la base de la “democracia” traducen con simplicidad los tipos de desenvolvimientos funcionales mas adecuados, para alcanzar un justo, eficiente y suficiente equilibrio al interno de la forma de vida en general.

Como toda concepción fundada en la “cultura de la civilidad”, la “democracia responde a una entidad extremamente lábil, no articulada rigurosamente en forma de componer un consistente aparato defensivo.

La arquitectura extremamente
“civil” de la “democracia”
la propone como una posición conceptual
frágil y vulnerable,
y por ello sujeta a sufrir con facilidad todo tipo de distorsiones.

La vulnerabilidad de la “democracia” es simple de comprobar pues fácilmente manipulada de las distintas ideologías políticas (aún las mas opuestas).
A todas las formas ideológicas resulta simple afirmar de pertenecer a una configuración “democrática”, aún cuando sus posiciones se presentan distantes sino opuestas a sus esenciales bases conceptuales.

Como ente conceptual la “democracia” se presenta extremamente comprensiva y predispuesta a incorporar a sus principios y fundamentos, todo tipo de nuevo proyecto surgido de diálogos constructivos.

La “democracia” afirma su apertura a todas las fuentes de mejoramiento fundadas en justas razones, proyectadas como eficientes en un bien definido campo de “discernimiento lógico”.

La “democracia” dispone además de la capacidad cultural de disponer modificar las configuraciones de sus pilares fundamentales, cuando del proceso evolutivo surgen claras indicaciones de seguir en tal sentido.

El problema fundamental de la “democracia”
(con su ventana abierta
a las modificaciones de mejoramiento),
es no haber sido interpretada
por la humanidad en su completa dimensión.

La “democracia” es parcialmente interpretada por la humanidad al punto de ser utilizada en sus funciones a un nivel de mínima aplicación.

Condición aplicativa.

La humanidad utiliza la “democracia” como instrumento empleado en justificar sus medidas de “conveniencia”.

La “democracia” en su amplia casi infinita capacidad de tolerar, soportar insensiblemente todo tipo de sugerencias, actúa como un contenedor siempre dispuesto a aceptar nuevos aportes.

La “democracia” manipulada de la humanidad se presenta como una fuente inagotable de tolerancia, aún cuando su exagerado utilizo la obligue a desvirtuar sus principios y fundamentos bases.

Con el transcurrir del tiempo
los embates de la “cultura de la incivilidad”
sobre las estructuras y funciones,
han confirmado una cierta incapacidad
de la “democracia”
de disponer de la fuerza suficiente
para soportar y superar un proceso de degrado.

Si las condiciones aplicativas de la “democracia” ha obtenido grandes resultados en sus inicios, lentamente bajo la constante presión del “incivil” medio ambiente circundante, ha ido sufriendo un proceso de creciente degrado en los distintos campos estructurales y funcionales.

La “democracia” precipitada casi accidentalmente en un ámbito cultural ajeno o mejor opuesto a sus propias tendencias, no se presenta en grado de resistir a la continua injerencia de factores dispuestos a aprovechar de su contemplativa posición, para poner en juego sus propias interesadas posiciones.

Mas transcurre el tiempo en condiciones adversas, mas la “democracia” corre el serio riesgo no de desvirtuar sus propias posiciones, sino de intervenir activamente (sin rendirse cuenta de hacerlo) en favorecer forma culturales reñidas con sus principios y fundamentos.

La “democracia” y sus reales y concretos cultores
deben tomar plena conciencia,
de haber entrado en un proceso
de descomposición
del entero contexto estructural y funcional
a soporte de sus principios y fundamentos.

Luego de un período de efervescente manifestación por el mejoramiento cultural operado, el o los sistema democráticos (invocados como tales) no se han preparado en modo eficiente a sobreponerse, a las insidias provenientes de un proceso evolutivo proclive a modificar su tránsito funcional.

Proceso evolutivo cargado de factores negativos actuantes sobre el desenvolvimiento de la “democracia”, al tal punto de comprometer seriamente sus valores y diluirlos hasta rendirlos estériles.
Valores diluidos o estériles o peor aun puestos a lo largo de su inexorable creciente degrado al servicio de la “incivilidad”.

Así configurado el contexto aplicativo de la “democracia” a través del tiempo evolutivo, el entero sistema se presenta sometido a una intensa negativa fuerza de reacción, cuyo objetivo es reducir sus acciones y efectos hasta llegar a su desintegración.

Ha llevado un cierto tiempo
contaminar la “democracia”
con ingredientes no surgidos de ella misma,
sino del contexto ambiental
dentro de cuyo ámbito
se halla inserida
para actuar a través de sus estructuras y funciones.

Las importantes buenas intenciones de la “democracia” convertida en estructuras y funciones destinadas a concretar sus principios y fundamentos, poco o nada han servido con el correr del tiempo evolutivo a constituir un paso decisivo, en un radical cambio cultural de los sectores componentes de la forma de vida.

La humanidad ha activado los dispositivos de reserva para utilizar la “democracia”, según las sugerencias aún emanadas de las dominantes culturas primitivas y de los factores negativos instintivos.

Entrado en el período de decadencia la “democracia” demuestra claramente la imposibilidad de gobernar y salvaguardar, no solo la identidad de su propia posición sino de las importantes funciones desempeñadas al interno de los cuerpos sociales.

La aplicación de la “democracia”
a través del tiempo
ha revelado
la extrema inconsistencia de su idiosincrasia.

La “democracia” no ha comprendido la real naturaleza negativa del ambiento de función. Ello la ha ubicado en plano de neta inferioridad al punto de no reunir las condiciones mínimas, para superar los crecientes obstáculos presentados en su camino por el contexto ambiental.

No habiéndose preparado a configurar sus estructuras y funciones en relación con el hostil medio contactado, poco ha servido a la “democracia” ser declarada como excelsa representante de una mas evolucionada forma cultural.

Al resultado aplicativo evaluado a través del tiempo carecen de importancia todos los hechos y loas preliminares, proyectados a exaltar las incomparables virtudes de la “democracia”.

No bastó a la “democracia” como quizás en buena fe ella creía traducir en su acción, una benéfica contribución al mejoramiento cultural de la forma de vida.
Los factores negativos preeminentes y dominantes se han encargado de minar lentamente a lo largo del tiempo, las bases estructurales y funcionales de su sistema conceptual y operativo.

El sistema “democrático”
destinado a modificarse
para seguir las indicaciones evolutivas,
no ha encontrado los medios
para cambiar, crecer y desarrollarse,
inmerso en un campo ambiental dominado
de una generalizada inmovilidad y estancamiento cultural.

Inmovilidad y estancamiento cultural extendido a todos los sectores componentes de la forma de vida.

La democracia integral y la “cultura de la civilidad”.

La “democracia” mas que responder a una bien definida posición conceptual de índole ideológica, constituye una entidad cultural dotada de las condiciones necesarias para ser considerada un fundamental instrumento de cambio, intencionado a proyectar a la humanidad en el campo de la “cultura de civilidad”.

Probablemente como en precedencia citado la injerencia de la “democracia” en un terreno cultural humano dominado por la “incivilidad”, ha sido la consecuencia de un acto debido o quizás mejor (sumado al mismo), de interpretar como un serio llamado de atención destinado a procurar a la forma de vida algún purifican-te bocal de “civilidad”.

La inesperada e improvisa introducción de la “democracia” en la forma de vida
parece asumir un fundamental significado preventivo,
finalizado a establecer cuanto es imposible a la humanidad vivir cancelando
todo vestigio de la “cultura de la civilidad”.

La instauración de la “democracia” puede definirse como uno de los primeros visibles actos de la humanidad, tendiente a afirmar el pleno derecho de concebir y aplicar principios y fundamentos estrechamente relacionados con la “cultura de la civilidad.

La “cultura de la civilidad” hace su mas importante irrupción en el campo humano con la aparición e instauración de la “democracia”.

Cuanto la “democracia” manifieste una íntima relación con la “cultura de la civilidad”, lo revela la frágil (fácil de ser distorsionada) configuración estructural y funcional de la misma.

Como toda concepción fundada en la “cultura de la civilidad”, la “democracia” responde a una entidad extremamente lábil, no articulada rigurosamente en forma de componer un consistente aparato defensivo.

El hecho de tomar contacto
con un ámbito funcional humano
culturalmente adverso
ubicó a la “democracia”,
en el difícil terreno de convivir en un medio
con clara tendencia a someterla a duras pruebas de sobre-vivencia.

La “democracia” en su clara transparencia conceptual expresa ser el producto de una bien definida configuración, destinada a transmitir sin contradicciones su posición como enviada cultural de la “civilidad”.

En toda su textura conceptual la “democracia” expresa una radiante apertura a cobijar bajo su protector manto, todos aquellos principios y fundamentos afirmados en otorgar al ser humano las mejores características de un libre desenvolvimiento funcional.

La concesión del libre desenvolvimiento funcional la “democracia” lo ha otorgado en la errónea “civil” creencia, de ser aprovechado por el ser humano para establecer normas benéficas a su crecimiento y desarrollo cultural.

A través del advenimiento funcional en los altos estratos del poder de decisión se ha considerado a la “democracia”, como un justo intento para fundar las bases de una nueva y mejor configuración de los cuerpos sociales.
Configuración dispuesta a procurar a los distintos ordenamientos intervinientes en la conducción de los innumerables sectores componentes la forma de vida, una nueva y abierta concepción.

La presencia de la “democracia”
se tradujo en un real y consistente mejoramiento
entre
la masa de los cuerpos sociales
y los poderes de conducción y ordenamiento
encargados de gobernar-la.

Las nuevas disposiciones asumidas por estructuras y funciones debido a la injerencia de la “democracia” en la configuración de los estratos del poder, modificó, cambió radicalmente el modelo de organización de los distintos ámbitos de los órganos de conducción.

El entero campo de los dispositivos encargados de dar lugar y aplicar el modo de inserirse

de las autoridades destinadas a hacerse cargo de los órganos de conducción y ordenamiento, provenían según designios de la “democracia” de las entrañas de los cuerpos sociales.

La “democracia” intervino en modo consistente y en cierto modo determinante en originar cambios trascendentes y de nuevas formas adoptadas en la configuración de un modelo evolucionado, destinado a intervenir en la planificación y organización de los poderes de conducción.

Poder de conducción con capacidad de proceder sobre la arquitectura y función de la forma de vida, otorgándole nuevas características funcionales.

Al inicio de su puesta en marcha y aplicación
todo parecía sonreír a la “democracia”,
pues
había dado lugar y concretado
un revolucionario proceso,
finalizado a cambiar las condiciones
de las mas altas cúpulas del poder de decisión.

Los profundos cambios en el campo de la organización y distribución de las mansiones operativas en el campo de la configuración de los poderes de conducción y ordenamiento, otorgaron al fenómeno “democrático” la posibilidad de producir un radical mejoramiento en esos tan importantes ámbitos.

La capacidad de la “democracia” a través de sus irrefutables posiciones conceptuales de base, se pone de manifiesto en la elección de los modelos mas adecuados para asegurar el desarrollo de un indispensable ejercicio de la “participación en libertad”.

El resultado alcanzado se tradujo en estructuras y funciones absolutamente complementadas en la obtención de fundamentales metas de obtener y mantener (libertad - equilibrio de función).

La disposición de los cuerpos legislativos
establecidos en el ámbito “democrático”,
ha permitido
llegar a una equilibrada distribución
de las diversas posiciones,
según el consenso
obtenido en el veredicto electoral.

A través de la organización “democrática” el entero cuerpo social tiene la posibilidad de ser representado (en mayor o menor grado), según el índice de consenso obtenido en el proceso electoral.

Es indudable cuanto el advenimiento de la “democracia” a modificado o mejor transformado en modo trascendente, el modo de organizar y ordenar el desenvolvimiento de los cuerpos sociales, a partir de aquellas referidas a las mas altas posiciones del poder de decisión.

La nueva configuración en sectores legislativos y ejecutivos de los mas altos estratos de poder, era un tipo de organización inexistentes antes de la introducción de la “democracia” a la forma de vida.

También es producto de la “democracia”
la re-dimensión
del entero sistema judicial
y la estrecha dependencia
entre el mismo y los cuerpos legislativos.

El entero contexto de medidas implementadas por la “democracia” para dar lugar a una organización social basada en el pleno ejercicio de la libertad y el equilibrio de función, ha constituido en su momento un evento revolucionario fundado en la intención de poner en juego la práctica de la “civilidad”.

La “democracia” en su portentosa lucha contra el medio ambiente se a dado el lujo de obtener resultados sorprendentes, si se tiene en consideración su capacidad de intervenir en modo tan determinante como decisivo sobre los centrales aspectos de conducción y organización.

En la organización y conducción de los cuerpos sociales la “democracia” para ubicar en primer plano el ejercicio de una completa condición de “libertad y de justo equilibrio funcional”, se ha visto obligada a implementar un complejo sistema de mutuos controles en modo de evitar en lo posible transgresiones a las reglas.

Por otra parte la compleja arquitectura
estructural asumida por la “democracia”
para asegurar el cumplimiento de sus objetivos bases
(la libertad y el equilibrio de función”),
era imprescindible asumiera tales características
tratándose de imponer un acto culturalmente revolucionario.

Los viejos modelos de organización y conducción social capitaneados por el feudalismo, estaban allí a la espera se presentasen los signos de ostensibles deficiencias de la “democracia”, para renacer de sus tenebrosas cenizas y proponerse hacerse cargo de la situación.

La “democracia” debía asegurar ante todo un no retorno al pasado, en cuanto la humanidad es sumamente afecta a tal actitud bajo el indiscutido e inamovible dominio de la “cultura de incivilidad”.

La “democracia” para segurar un no retorno al negativo pasado (extendido en demasía a lo largo del tiempo), probablemente y quizás seguramente ha construido una estructura en extremo compleja.

Estructura en extremo compleja útil y compatible con el momento evolutivo de su inserción y en grado de no mostrar algún punto débil en su arquitectura.
De considerar en cambio una entidad de configuración símil a un mastodonte y por ello funcional-mente ineficiente en períodos evolutivos sucesivos.

En la actual faz evolutiva
la estructuración de la organización
de los órganos de conducción y ordenamiento
(de índole democrática),
necesitan de una radical re-dimensión funcional
destinada a agilizar las dinámicas internas.

Cumplida su función de afianzar y confirmar la “democracia” como la mas adecuada concepción en la organización y conducción funcional de los cuerpos sociales, también ella es imprescindible se de un nuevo tipo de configuración en concordancia con las actuales circunstancias evolutivas.

No obstante las extremas limitaciones actuales de función, es de reconocer en la configuración inicial del entero ámbito de los órganos de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales (proyectados y ejecutados por la “democracia”), una gran capacidad organizativa a fines determinados.

Fines determinados indicados en la intención de establecer en torno a la revolución ”democrática”, un fuerte de protección soportado por un insuperable muro de contención dispuesto a no dejar algún margen de posible negativa actuación a la “cultura de la incivilidad”.

Sin lugar a dudas la “cultura de la incivilidad”
ha puesto en práctica
todo tipo de intento para anular
la activa presencia de la “democracia”,
en un campo tan importante
como aquel referido a los órganos de conducción y ordenamiento.

En cuanto a los preceptos, principios y fundamentos legados a la cultura “democrática”, al moverse en un terreno plagado de contenidos plenos de “incivilidad”, han sufrido con el tiempo en su función práctica un continuo proceso de degrado.

Las negativas desviaciones democráticas y la cultura de la incivilidad.

No es fácil de establecer si la “cultura de la incivilidad” ha sido tomada de sorpresa ante la introducción de la “democracia”, o si en conocimiento de la fragilidad y debilidad de sus posiciones conceptuales la ha considerado un instrumento adapto a ser manipulado en el propio beneficio.

Para la “cultura de la incivilidad” solo ha sido preciso dejar transcurrir el tiempo para comprobar la existencia, del de-curso de un proceso de degrado al interno del fenómeno de la “democracia”.

La “democracia” enrocada
en el fuerte conceptual generado
en torno al modelo
de los órganos de conducción y ordenamiento,
poco se ha extendido en un terreno
dominado en todos los sectores funcionales
de la “cultura de la incivilidad”.

El impedimento provocado por la “incivilidad” de no permitir la introducción de la “democracia” en campos afines a sus múltiples “civiles” derivaciones conceptuales, ha intervenido inmovilizando toda posibilidad de su crecimiento y desarrollo al interno de la forma de vida.

La “cultura de la incivilidad” experta en transfigurarse en el momento oportuno, ha mantenido bajo estrecho control el desenvolvimiento de la “democracia”, evitándole de

introducir en el medio ambiente por ella dominado, efectos de “civilidad” consecuentes a sus propias aptitudes funcionales.

Complementaria-mente y con el transcurrir del tiempo la “incivilidad” ha puesto en juego el material ambiental humano, de siempre identificado con su modelo cultural.

El material humano encargado de hacer funcionar las estructuras “democráticas”, ha iniciado insensiblemente (siguiendo una habitual tendencia reflejada en todos los ámbitos de la forma de vida), a hacerlas entrar en una faz de decadencia en el cumplimento de sus actividades.

La decadencia y el subsiguiente degrado
en el cumplimiento
de las actividades humanas
de índole “democrática”,
es una derivación de la dinámica funcional
tenida en particular consideración
de la “cultura de la incivilidad”.

Justa interpretación y consideración para mejor instrumentar sus maniobras en torno a mantener u obtener el dominio, en cualquier tipo de actividad sometida a la participación humana.

El ser humano participa a encomia- bles luchas apoyándose en creencias fundadas en el mejoramiento (en este caso la “democracia”).

Una vez alcanzada la meta de obtener se preocupa de afirmarla y consolidar-la poniéndola al seguro de eventuales agresiones.

Habituado al funcionamiento en este caso de la “democracia”, la considera un bien obtenido y por ello descarta toda posibilidad de perder-la.

En el regular ejercicio de la “democracia”
(con la incorporación de las nuevas generaciones),
el proceso asume lentamente
con el correr del tiempo
la característica de una habitual modalidad de vida.

Dentro del regular modo habitual de desenvolver funciones, inicia a crecer y desarrollarse una “incivil” intención a utilizar los instrumentos “democráticos”, como entidades de disponer para llevar a cabo los propios proyectos.

Los propios proyectos puestos en juego en las habituales actividades al interno de las estructuras y funciones de los órganos “democráticos”, son de la mas diversa índole.

Los propios proyectos pululan-tes en el ámbito de los órganos “democráticos” responden a los mas variados argumentos, factibles de ser realizados al interno de los distintos medios ocupados en desempeñar múltiples actividades.

Es como si al interno de una habitual campo de función, llegado un momento cada participante se siente autorizado a disponer (para el caso de la “democracia”), para dar vida a los propios proyectos.

Así los proyectos ideológicos, burocráticos,
o directamente ligados
con la corrupción o los múltiples en-trechos
generados en torno a los distintos poderes,
toman cuerpo e inician a provocar
un proceso de degrado y decadencia del sistema.

Degrado y decadencia cuyo constante incremento convierten al entero sistema estructural y funcional, en un instrumento ineficiente a desempeñar sus propias funciones.

La “cultura de la incivilidad” cuyo dominio se extiende a lo largo del entero proceso evolutivo humano, es dotada de la suficiente experiencia como para saber perfectamente cuanto la “capacidad de paciencia”, es de particular importancia en el alcanzar las metas prefijadas.

Las distintas etapas en grado de conducir de la obtención de los fines prefijados hasta llegar al proceso de degrado y decadencia de las actividades humanas, indica cuanto prevalecen aún en el desenvolvimiento de la forma de vida, las formas culturales a pre-valencia primitiva e instintiva.

En la pre-valencia
de los factores primitivos e instintivos
(estimulados a perseverar en sus funciones),
confía con justa razón
la “cultura de la incivilidad”
para continuar a ejercer su inapelable dominio.

Las estructuras y funciones “democráticas” implementadas bajo el signo de la “civilidad”, son fácilmente degrada-bles, en cuanto en manos de un ser humano dominado de la “cultura de la incivilidad”.

Todo aquello implementado según “civiles” designios como la “democracia” es fácil pre-da, de la demoledora función de degrado y decadencia sistemáticamente aplicada del ser humano, sometiendo sus actividades al dominio de la “cultura primitiva y de los factores negativos instintivos”.

Bajo el signo del dominio de la “cultura de la incivilidad” ya de tiempo ha iniciado un proceso, destinado a provocar desviaciones distorsionan-tes en torno a los preceptos, principios y fundamentos a sostén de la “democracia”.

La “cultura de la incivilidad” ejercitando el domino de los actos comporta-mentales, de convivencia y de relación del ser humano en general, gobierna según el modo mas conveniente a sus propios intereses, el desenvolvimiento funcional del entero contexto de sectores componentes la forma de vida.

Son los seres humanos
aquellos destinados a ser beneficiados
por la presencia y función de la “democracia”,
y a su vez
quienes intervienen en forma directa o indirecta
en dar curso al proceso de decadencia y degrado de la misma.

Las condiciones culturales negativas primitivas e instintivas presentes y dominantes en el

campo del desenvolvimiento humano, son la base de apoyo de la “cultura de la incivilidad” utilizadas para degradar y hacer entrar en decadencia, todo intento finalizado a oponerse aisladamente a sus designios.

El degrado y la decadencia del modelo “democrático” no es la consecuencia del haberse corroborado la carencia de valores, de sus posiciones conceptuales o de sus preceptos, principios y fundamentos.
Principios y fundamentos capaces de conservar intactos a lo largo del tiempo sus mas genuinos valores.

El degrado de la “democracia”
es el triste resultado generado
a partir
de una aplicación operativa humana,
capaz de condicionar negativamente
(con “inciviles” modos de proponerse y manifestarse),
sus mas excelsas condiciones de “civilidad”.

En tanto la “incivilidad” continúe a ejercer el control cultural del devenir evolutivo del ser humano, todo lo mejor en tal sentido proveniente del mismo entrará en un consecuente e inevitable proceso de decadencia y degrado.

El único camino factible de ser transitado con éxito es aquel de cancelar del ámbito cultural la “incivilidad” y todos los derivados consecuentes a su ejercicio.

La des-articulación de los preceptos democráticos aplicados bajo el primitivo ordenamiento “aislacionista - divisionista”.

El valor funcional general de los principios y fundamentos “democráticos” se diluye en un ámbito humano extremamente dividido.

El modelo “aislacionista” de siempre presente como ordenamiento central en la organización humana de la forma de vida, propone un multiforme cuadro de cuerpos sociales, cada uno de ellos dispuestos a dar una propia diversa interpretación de la “democracia”.

Si la “democracia” otorga la “libertad”
de ejercitar y hacer valer las propias opiniones,
ello no significa en algún modo
dar carta blanca y permitir mil interpretaciones diversas
de sus bien
definidos, proyectados, elaborados y concretados conceptual-mente
preceptos, principios y fundamentos.

En el cada vez mas numerosos campo de cuerpos sociales (continúan a declarar sus propias condiciones de independencia), la “democracia” y su claro, completo versan-te conceptual se pierde en el mar-asma de los innumerable distintos modos de interpretación.

En realidad cada cuerpo social es interesado a proponer las propias versiones de la “democracia”, con la finalidad de declararse funcional-mente perteneciente a tan prestigiosa entidad conceptual.

El amplio espectro ofrecido por las diversas formas de interpretar la “democracia”, termina por presentar a la misma con la imagen de una entidad sujeta a ser desarticulada con facilidad.

La mayor debilidad de la “democracia” es la facilidad a ser sometida a un proceso de des-articulación conceptual.

El adecua-miento a las circunstancias
de la “democracia”
a las distintas condiciones ofrecidas
al interno
de la forma de vida
de los cuerpos sociales,
la presenta como una entidad conceptual
factible de ser digitada.

La posibilidad de la “democracia” de ser digitada permite adaptarla a las propias características funcionales.

Tal confusa situación la ubica en el dudoso terreno de ser maniobrada según propios intereses de gestión, casi siempre reñidos o desaprobados de un justo desenvolvimiento “democrático”.

En las diversificadas y muchas veces contrapuestas versiones de los cuerpos sociales (a través de ellas conducen sus gestiones de conducción y ordenamiento), la “democracia” se presenta como una escenografía dispuesta a cubrir las apariencias.

La necesidad de los cuerpos sociales de presentar una imagen “democrática” de su gestión interna, los coloca en general en la situación de configurar arbitrarias maniobras destinadas a ofrecer una imagen de conducción y ordenamiento, directamente relacionada con ella.

La convulsa ebullición
(en un modo u otro se ven involucrados
la mayor parte de los cuerpos sociales a su interno),
hacen de la “democracia”
como entidad conceptual a la guía de las dinámicas de
conducción y ordenamiento,
un instrumento funcional
tan indispensable como complementario
a la presencia de su imagen representativa.

La “democracia” en el des-articulado contexto de los cuerpos sociales, es esencialmente utilizada por los mismos como imagen representativa, de un modelo cuya función aplicativa los proyecta a ser merecedores de respeto.

Así considerada la “democracia” ha dejado de ser un ejemplar modelo conceptual de aplicar por sus intrínsecos valores de configuración, para convertirse en una imagen destinada a cumplir un rol formal.

El formal rol de la “democracia” como representante de posiciones de gestión de los cuerpos sociales, supuesta-mente entrados en un proceso de mejoramiento evolutivo conceptual, es un simple espejismo.

“Espejismo” no dotado
de algún serio y concreto acto
dispuesto a confirmar plenamente
cuanto la “democracia”,
es aplicada en modo integral
en todos los campos componentes de la forma de vida.

El disociado desenvolvimiento de la forma de vida de los cuerpos sociales, interviene en forma directa en el degrado y decadencia de la “democracia”, pues utilizada en funciones complementarias y no centrales.

La rica contribución ofrecida por los principios y fundamentos “democráticos” de ser aplicados en modo general e integral, respetando las características comunes de su progresión evolutiva, se pierden en el exasperado “disociado” campo de acción de los cuerpos sociales.

La “democracia” como entidad conceptual necesitada para cumplir con eficiencia sus funciones ser aplicada en modo uniforme en el entero contexto humano, es de considerar un modelo no factible de ser integralmente realizado bajo el signo de un modelo de configuración “aislacionista” de los cuerpos sociales.

Ante la prestigiosa presencia
de una “democracia” extendida como modelo
a la entera gama de cuerpos sociales,
la configuración “aislacionista” de los mismos
establece diversos tipos de niveles y eficiencia de aplicación.

La “democracia” sin advertirlo y sin alguna propia intención provoca una ulterior división de los cuerpos sociales.

División generada entre cuerpos sociales y provocada entre aquellos (considerados por ellos mismos), capaces de juzgar y calificar el nivel mayor o menor de “democracia” alcanzado por los otros.
Restantes cuerpos sociales destinados a rendir un constante examen respecto a su intención y posibilidad de aplicarla.

Para los cuerpos sociales mas desarrollados y supuesta-mente dotados de todos los elementos para ejercitar la “democracia”, se hace necesario reconocer su presencia en primera linea (mas simbólica que real) en el modelo funcional de conducción y ordenamiento.

Los cuerpos sociales
para establecer
una linea de mutuo respeto entre los mismos,
han establecido imponer
el ejercicio funcional de la “democracia” a todos los efectos.

De la configuración “aislacionista” de los cuerpos sociales nacen las mas impensadas arbitrariedades, siempre dispuestas a multiplicarse según la necesaria conveniencia lo haga indispensable.

Tratando de llegar a un plano de certezas los cuerpos sociales convertidos en jueces de una adecuada aplicación “democrática” (según lo demuestran sus propias funciones), son

también ellos su-vertidos de una formalidad imposible de alcanzar

Los cuerpos sociales mas prestigiosos a nivel de aplicación “democrática”, resienten a su interno de la presencia de un proceso de degrado y decadencia de la misma, al punto de emplear todo tipo de intento para superarlos.

El modelo de configuración “aislacionista” de los cuerpos sociales sumado a la vigencia de las culturas primitivas y los factores instintivos negativos orquestados por la “cultura de la incivilidad”, se dedican plenamente a convertir la “democracia” (una vez suficientemente decadente y degradada) en un cómplice mas de un inmutado dominio.

La democracia y su incompatibilidad con el momento de su presencia evolutiva.

La “democracia” como todo fenómeno humano producto de una elaboración de índole cultural conceptual, si bien es la probable consecuencia de un prolongado, trajinado y contrastado período de incubación, responde a un imprevisto e improviso momento de aparición.

En general los proyectos culturales conceptuales surgidos en el ámbito humano no se proponen en la justa y racional instancia evolutiva.

Los nuevos proyectos culturales conceptuales
como aquel de la “democracia”
se insertan
en momento evolutivos,
no dotados de condiciones favorables
a su pleno ejercicio

La presencia de condiciones evolutivas favorables al crecimiento y desarrollo de los propios principios y fundamentos, constituye una base substancial indispensable para dar continuidad en el ejercicio funcional mas correcto, a las nuevas posiciones culturales y conceptuales llevadas al campo de acción.

La justa y racional ubicación de un fenómeno cultural - conceptual en una faz evolutiva, cuyas condiciones de función aseguren un normal de-curso a la instauración del mismo, es de esencial importancia a la progresión del proceso.

La inclusión de un fenómeno cultural - conceptual en un terreno evolutivo signado por condiciones desfavorables a su inserción, lo conducirán lenta pero irremisiblemente a una situación de degrado y decadencia.

La inserción de la “democracia” en el proceso evolutivo humano se ha hecho efectiva en un campo seriamente condicionado de factores negativos o desfavorables.

La “democracia” se propone
al proceso evolutivo humano
dispuesta a interpretar y conducir un proyecto
elaborado y construido
sobre una base conceptual de definida índole cultural.

Las características propias de la “democracia” permite definir-la como una entidad cuya posición conceptual refleja una clara tendencia a proponerse, representando un modelo de encuadrar en el campo auspiciado por la “cultura de la civilidad”.

El modelo de presentación y tratamiento de los argumentos tratados constituyen una seria muestra de la presencia de los factores positivos interiores (componentes y diseñadores de la cultura de la civilidad”).
En la elaboración de los preceptos, principios y fundamentos esenciales de la “democracia”, se pone en muestra una revolucionaria posición conceptual.

Extremamente diversos (o mejor opuestos) de los utilizado hasta su instauración por los modelos de organización referidos a las formas de conducción y ordenamiento, los argumentos a la base de la “democracia” presentan una configuración conceptual pertenecientes a otra entidad cultural de aquella en vigencia.

La “democracia” representa
una posición conceptual innovadora y evolucionada,
respecto a todo aquello sucedido
en precedencia
en el campo de la organización
de los órganos de conducción y ordenamiento social.

Tal situación si bien importante para el mejoramiento general de la forma de vida, ubica a la “democracia” en un terreno de difícil gestión de su relación con un medio habituado a un tipo de desenvolvimiento cultural opuesto a lo indicado por sus preceptos.

La “democracia” como nuevo y muy “civil” modelo de organización de la conducción y ordenamiento social, se encuentra a dar lugar a un innovador proceso cultural en una atmósfera dominada de siempre de la “incivilidad”.

Es evidente cuanto la “democracia” se encontrará a desarrollar su proceso de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales, en un campo cultural adverso a la índole de su propuesta.

En total contradicción con la situación real los cuerpos sociales dispuestos a utilizar el modelo “democrático” (quizás por exigencias evolutivas no puede ser de otro modo), desenvuelven su entera forma de vida al interno de una configuración cultural dominada por la opuesta tendencia de la “incivilidad”.

En la instancia de incorporación
de la “democracia” al contexto humano
es posible encontrar dos tendencias culturales
de base en oposición
(la “incivilidad y la civilidad”)
dispuestas
a intervenir sobre distintos
pero al mismo tiempo un único y definido
campo de acción evolutivo (aquel humano).

En el campo funcional de un proceso evolutivo sujeto a una preventiva suficiente y eficiente programación y planificación de su de-curso, la introducción de la “democracia” al interno de la forma de vida era justo y lógica realizar- la en el momento oportuno al

mejor devenir del evento.

Las mejores posibilidades de la “democracia” de poder llevar a cabo con total éxito final el proceso de instauración y aplicación de su proceso cultural, es de relacionar directamente con las condiciones generales mas favorables a su justo crecimiento y desarrollo.

Las condiciones mas adecuadas a un justo e-volverse de la “democracia” solo es factible encontrarlas, con la inserción de la misma dentro de un proceso evolutivo humano dominado por la “cultura de la civilidad”.

La inserción de la “democracia”
poseída de un alto nivel de “civilidad”
se realiza
(como ha ocurrido sin mayores contemplaciones),
en un contexto evolutivo
plenamente dominado de la “cultura de la incivilidad”.

Ante tal situación es indudable la presencia de una condición de contraste, antes o después proyectada a proponerse.

A distancia aquella tendencia dotada de mayor poder en el desenvolvimiento de su ejercicio gobernará la situación en detrimento de la otra.

No habiendo programado, planificado y concretado oportunamente la previa, indispensable cancelación del dominio de la “cultura de la incivilidad”, la inserción de la “democracia” será de considerar un pasajero, efímero acto de “civilidad”.

Acto de “civilidad” destinado a terminar (dejado a la corrosión del tiempo y al accionar de la “cultura de la incivilidad”) en un indescifrable magma conceptual, sumido en la decadencia y el degrado.

La “democracia” se ha presentado
a la cita con la humanidad
sin tener
en justa consideración
el tiempo y el momento evolutivo
mas adecuado y favorable a su mas incisiva y decisiva inserción.

Bajo e dominio de la “cultura de la incivilidad” la “democracia” no dispone de alguna posibilidad de crecer, desarrollarse para llegar a tener realmente en mano el control de la situación.

Solo en apariencia la “democracia” se presenta en condiciones de conducir y ordenar a través de los mas altos órganos de poder, los dispositivos relacionados con la forma de vida.

Los distintos factores componentes la forma de vida en su desenvolvimiento comporta-mental, de convivencia y de relación, están ligados intima-mente con la “cultura de la incivilidad” y no son de considerar en algún modo una decidida y favorable base de sustento.

No habiendo alguna posibilidad de intervenir sobre el dominio de la “cultura de la incivilidad” ejercitado en el campo humano, la “democracia” no posee los instrumentos

necesarios para cumplir y llevar a cabo en el mejor modo sus funciones, proponiendo y concretando propias posiciones conceptuales.

La “democracia” podrá disponer de todos los medios operativos para gobernar, pero no podrá concretar el hecho realmente si el substrato operativo de los cuerpos sociales es dominado de la “cultura de la incivilidad”.

La “democracia” en un contexto humano
dominado
por la “cultura de la incivilidad”
no llevará a justa conclusión,
la realización de un integral programa
destinado a poner en práctica
los valores intrínsecos de sus contenidos conceptuales.

Inserida en un contexto evolutivo no preparado a acogerla tal como su entidad cultural y conceptual lo merecen, la “democracia” se convertirá en la enésima victima impulsada por las circunstancias vigentes al sacrificio.

La humanidad rendirá formalmente al sacrificio de la “democracia” un inútil póstumo homenaje (en su ritual actitud llegada como es habitual con inconcebible retardo).

La “democracia” es una entidad cultural y conceptual inserida arbitrariamente en un tiempo evolutivo no preparado a recibirla, y corre el indefectible e inevitable riesgo de ser desintegrada por no pertenecer al medio cultural en vigencia.

La democracia como instrumento utilizado en protección de propios intereses.

La “democracia” en sus inicios se presentó en grado de establecer y dictar las dinámicas y mecanismos de su proyecto funcional.

Con el correr del tiempo comenzó a sufrir los distintos tipos de condicionamientos culturales provenientes de los distintos sectores componentes la forma de vida.

La “democracia” ya integrada de tiempo
a un contexto humano
no en grado de modificar-lo en modo substancial,
mas bien se ha ido adecuando
a una desarticulada forma de función.

El adecua-miento a un ordenamiento cultural en vigencia reconoce también una tácita aceptación a tolerar situaciones de conflicto, fruto de una considerada regular función operativa.

Los numerosos sectores en torno a las actividades productivas ante una estable posición adquirida de la “democracia”, han lentamente tomado conocimiento de sus limitaciones funcionales en modo de establecer sus puntos débiles y extraer de ellos un propio provecho.

Lo importante en el campo de las actividades productivas como en el entero cuerpo de sectores componentes la forma de vida, es encontrar el modo adecuado para no modificar las propias posiciones.

La “democracia” como condición conceptual surgida de un acto “cultural de civilidad” es el producto intencionado a obtener (insinuando, estimulando, disuadiendo), una mejor y mas eficiente funcionalidad operativa a partir de racionales posiciones conceptuales dispuestas a intervenir al interno de la forma de vida.

A la base del proyecto cultural
mas representativo de la “democracia”
se halla la cancelación
del término “imponer”.

Cancelado el término “imposición” utilizado en modo habitual del poder de decisión, el entero complejo de sectores componentes la forma de vida ha interpretado como una panacea la “libertad de acción” adquirida.

A partir de la panacea liberatoria de obstáculos se hizo realidad la posibilidad de llevar a cabo todo tipo de planes, destinados fomentar el incremento de los propios intereses.

De cuerpos sociales habituados a desenvolverse en un medio dominado de la “cultura de la incivilidad”, no serán las “civiles” intuiciones “democráticas” a modificar las condiciones existentes.

Las facilidades otorgadas por la panacea liberatoria, mas bien han estimulado el desarrollo de los modelos a emplear, para favorecer el incremento de los proyectos destinados a producir “propios intereses”.

Cuanto el modo de obtención
de los “propios intereses”
se halla reñido
con los preceptos, principios y fundamentos “democráticos”,
poco importa a un medio social
dispuesto a considerar regular
todo movimiento finalizado a producir los resultados buscados.

La obtención de los mejores resultados en el campo de los “propios intereses” constituye la central ley incentivada y perseguida por la “cultura de la incivilidad”, de seguir en el crecimiento y desarrollo de las ambiciones personales.

Propios intereses, ambiciones personales, capacidad de posesión de bienes de todo tipo, están al centro de las dinámicas y mecanismos humanos apoyados por la “cultura de la incivilidad” para afirmar y acentuar su dominio.

Son las siempre vigentes condiciones culturales primitivas y la preeminencia de los factores negativos instintivos, los substanciales puntos de apoyo utilizados por la “cultura de la incivilidad”, para imponer un neto dominio en el fundamental campo de la configuración y desenvolvimiento humano.

Si el ser humano impulsado por los “propios intereses” es el directo encargado de poner en práctica los principios y fundamentos “democráticos”, lo mas importante es actuar

modificando (o mejor cambiando radicalmente) la base cultural de quien o quienes son responsables de llevar a cabo el proceso.

De lo contrario la “democracia”
continuará a moverse
en la zona periférica
de una insoluble problemática.

Problemática cuyo centro de ejecución depende de las condiciones culturales de él o los responsables, encargados de poner en práctica las indicaciones surgidas de las estructuras y funciones “democráticas”.

De poco sirve a la “democracia” poner en juego los mejores argumentos conceptuales, si su aplicación es la consecuencia de un contexto humano dispuesto a desentenderse de ellos para satisfacer sus “propios intereses”.

Una vez mas las posiciones conceptuales
son desvirtuadas por negativas
condiciones culturales humanas,
dispuestas a privilegiar “propios intereses” personales
(entendiendo como tal todo tipo de derivado),
a la justa aplicación
de las posiciones conceptuales mas indicadas.

El anómalo comportamiento producto de la pre-valencia de los “propios intereses”, es considerado de la “cultura de la incivilidad”, una regular reacción instintiva de índole innata propia del ser humano.

De la desequilibrada relación entre la “democracia” y el medio ambiente se desprende una total divergencia cultural - conceptual, en el afrontar las distintas circunstancias incumbentes a los diversos sectores funcionales de la forma de vida.

Las estructuras democráticas y la descomposición funcional de la política.

La instauración de la “democracia” en el importante campo de la organización de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales, constituyó un trascendente advenimiento.

La concepción “democrática” y su modelo de función se hicieron interpretes de profundos y necesarios cambios en la organización de los poderes de decisión, y su ejercicio se aplicó a través de una estructura radicalmente revolucionaria respecto a las empleadas en precedencia.

A partir de la “democracia”
y su racional estructuración funcional
en la organización de los poderes
de conducción y ordenamiento social,
la “política”
adquirió una nueva y mas completa
configuración ideológica aplicativa.

La “política en precedencia a la instauración de la “democracia” era un disciplinado y anónimo vehículo, en manos de quienes ostentaban arbitrariamente el poder de decidir los destinos de las comunidades.

Solo a partir de la inserción de la “democracia” la “política” se convirtió en un instrumento capaz de dar voz e identidad a la masa componente de los cuerpos sociales.

El valor y el significado de la “política” creció exponencial-mente con la aparición en escena de la “democracia”.

En realidad la “política” adquirió una real importancia de función en cuanto se convirtió en un instrumento, capaz de captar, traducir e interpretar los distintos humores presentes al interno de los cuerpos sociales.

A partir de la “democracia” la “política”
asumió las características de una entidad
dotada de la condición necesaria,
para constituirse
en un medio o instrumento “representativo”
de la entera masa componente de un cuerpo social.

La “democracia” a través de un particular modelo de función “política” cumplía y ponía en juego finalmente, un ideal referido a las condiciones de función de los poderes de conducción y ordenamiento.

Ideal jamás hipo-tiza-do y menos aún alcanzado en algún modo (aún parcial) por la masa de los cuerpos sociales a lo largo del entero proceso evolutivo humano.

Hacer intervenir a las masas sociales en las decisiones referidas al poder de conducción y ordenamiento, ha sido una trascendente y revolucionaria posición conceptual generada por la “democracia”.

Bajo ese vital hálito de “civilidad” la “política” introdujo cambios trascendentes en el campo de la conducción y ordenamiento social.
La decidida inserción de la “democracia” abrió las puertas a llamar la atención de la imperturbable, paciente y dominante “cultura de la incivilidad”.

Las raíces de la “incivilidad” arraigadas profundamente en todos los sectores de desenvolvimiento humano a lo largo del entero proceso evolutivo, han dotado a la negativa cultura de una notable capacidad de evaluación, de los distintos acontecimientos y circunstancias en grado de presentarse a lo largo del tiempo.

Habiendo a disposición un contexto humano
de siempre partícipe en todos sus planos
a su dominante ejercicio funcional,
la “cultura de la incivilidad”
programa y planifica
(ella sí con cuidadosa rigurosidad)
su modelo de acción
para contrarrestar a la “democracia” a través del tiempo.

Así la “cultura de la incivilidad” llegó a la conclusión del mejor modo de contrarrestar los

cambios trascendentes provocados por la inserción de la “democracia”, era operar pacientemente un proceso de degrado y decadencia en el desempeño de sus funciones.

No había alguna posibilidad de actuar sobre los preceptos, principios y fundamentos rectores de su posición conceptual, suficientemente afirmados y consolidados en inmodificables posiciones escritas.

La solución de la “cultura de la incivilidad” para mantener intacto su dominio se hallaba en aplicar la estrategia de la paciencia, de aplicar al ser humano (directo portador e intérprete de su impulso dominante).

La paciencia aplicada al directo encargado de conducir en el tiempo el de-curso de la “democracia” (el ser humano), se vio recompensada en forma indirecta pero concreta por un proceso de degrado y decadencia de la misma.

Degrado y decadencia de la “democracia”
fruto de un constante, tácito, obscuro
dominio de la “incivilidad”,
dejada en manos del ser humano.

Ser humano en grado de beneficiarse con una eficiente funcionalidad de la “democracia” y al mismo tiempo capaz de degradar-la y hacerla entrar en decadencia.

Ser humano dispuesto a presentarse responsable de las dos opuestas caras de la medalla:

- por un lado su intención de mejorar las propias condiciones culturales generales,
- por el otro de sufrir los insuperables condicionamientos e influencias sometido y dominado de la “cultura de la incivilidad”.

La dualidad humana entre lo “justo y lo “injusto” se pone de manifiesto tanto en las situaciones mas banales, como en aquellas referidas a los aspectos mas importantes relacionados con su forma de vida.

La “cultura de la incivilidad” a sabiendas
de ejercer una acción dominante
sobre el ser humano,
ha conferido a esa entidad
la función de degradar
y hacer entrar en decadencia la “democracia”.

Es fácil y evidente comprobar cuanto en la actual faz evolutiva proceda a incrementarse constantemente la des-afección de la masa de los cuerpos sociales, a la “política” y con ello indirectamente a la “democracia”.

La “política” moderna hija de la “democracia” se ha inmerso de tiempo en un decadente y degradado proceso de descomposición interna, producto de una incapacidad de renovarse o mejor de transformar sus estructuras y funciones.

Transformación necesaria a las estructuras y funciones políticas e institucionales (no modificadas o actualizadas desde el inicio), para adecuarse a una faz dotada de la capacidad de producirse en innovadores cambios evolutivos.

La “política” después de sus dinámicos y agitados inicios en el campo de la “democracia”, se ha ido convirtiendo con el correr del tiempo en un conjunto de estructuras y funciones estancadas en sus propias posiciones.

Posiciones estancadas en si mismas dispuestas a intervenir ante todo en protección de sus propias estructuras y funciones.

La “política”
en pleno proceso de degrado y decadencia
ha asumido las características
de un cuerpo burocrático,
predispuesta a sostener en pre-valencia
sus propias prerrogativas estructurales y de función.

El degrado y la decadencia de la “política” acompaña aquella de la “democracia” y viceversa.

La “democracia” ha cometido un error de apreciación considerando a la “política” (y a la importante posición por ella alcanzada), el instrumento mas adecuado para proyectar la necesaria expansión, de sus principios y fundamentos culturales a los diversos sectores componentes de la forma de vida.

La “política” crecida y desarrollada al amparo de la “democracia”, una vez afirmada y consolidada en su importante función de intervenir directamente en la configuración de los poderes de conducción y ordenamiento, ha proclamado tácitamente su independencia como actividad.

Independizada de la “democracia” la “política” procedió a darse sus propias estructuras de función creada en torno a las distintas ideologías de base, en grado de otorgarle una configuración dotada de múltiples tendencias.

La estructuración general de la “política” independizada
se completó con la instauración
de una estrecha relación
con las distintas posiciones ideológicas,
cada una de ellas dispuesta
a darse una propia identidad “democrática”.

La estructura de función interna dio lugar a la formación de los llamados partidos políticos, bajo cuyo signo se disponían las diversas tendencias ideológicas.

Tendencias ideológicas llamadas a enfrentarse en primer lugar a través del campo electoral, de cuyo seno surgían las “ideologías” o “partidos políticos” encargados de asumir el ejercicio del poder de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales.

Luego y consecuentemente continuar a confrontarse al interno de las aulas institucionales puestas en vigencia de la “democracia.
La “política” independizada de la “democracia” se convirtió en natural contenedor de una cada vez amplia gama de “ideologías”, al punto de no poder establecer cuanto “democráticas” o menos ellas se presentasen.

El alejamiento de la “política” de los reales principios y fundamentos “democráticos”, se ha realizado en modo tan insensible como inadvertido.

El incremento de las ideologías diversificadas llevaron al engaño de suponer cuanto el incremento de las distintas versiones, constituían un mejoramiento de las condiciones en el ejercicio de la “democracia”.

En realidad la posición de independencia asumida de la “política” respecto a la “democracia”, constituyó la base en grado de señalar el inicio del proceso de degrado y decadencia de una y de otra.

La democracia y la ausencia de esenciales exigencias de cumplir para un eficiente ejercicio general.

La “democracia” como posición conceptual
se ha distinguido
por la fundamental aplicación
de sus principios y fundamentos
en el campo organizativo
de los poderes de conducción y ordenamiento social.

El innovador proyecto introducido por la “democracia” constituyó un esencial pilar situado a la base de un novedoso y revolucionario movimiento conceptual, destinado a cambiar radicalmente el modelo estructural y funcional de lo órganos encargados de adoptar y ejercitar el poder de decisión.

La “democracia” no se redujo a proyectar, elaborar, y llevar a la práctica un innovador modelo conceptual, y ponerlo al servicio de una nueva y mas evolucionada organización estructural y funcional de los poderes encargados de gobernar los destinos de los cuerpos sociales.

Mas profunda y amplia-mente analizados
sus principios y fundamentos
proceden de una esencia substancial de base,
en grado de extender
su manto de “civilidad”
al entero contexto
de los sectores componentes de la forma de vida.

La “democracia” se revela a todos los efectos una entidad cultural dispuesta a intervenir positiva-mente en todos los ámbitos.

Relativizar la función de la “democracia” a los ámbitos de la política y todos los derivados en ella centralizados, es limitar arbitrariamente los aspectos funcionales de una cultura de ella nacida y emanada.

Cultura de ser aplicada para mejorar en su condición racional los ámbitos comporta-mentales, de convivencia y de relación, aún condicionados en modo determinante del dominio de “la cultura de la incivilidad”.

Si se deja de lado el trascendente éxito obtenido por la “democracia” en cambiar el modelo estructural y funcional de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales, surgen virtudes complementarias quizás menos impactantes, pero igualmente esenciales en modificar en positivo las condiciones de la forma de vida.

Con la introducción en escena de la “democracia” el entero contexto de la forma de vida, siente (si bien en forma indirecta y accidental) la presencia de una entidad cultural tan distinta, de dar lugar a la esperanza de autorizar la presencia de las condiciones necesarias a producir profundos cambios.

Cambios capaces de ser generados
bajo la cultura de la “democracia”
destinados con el tiempo a facilitar la realización
de profundas modificaciones
en la forma de vida,
jamás siquiera imaginados de ser factibles
de aplicar a lo largo del completo proceso evolutivo precedente.

La “democracia” abrió el campo a un posible cambio cultural (esperado y nunca concretado por la humanidad a lo largo de su entero proceso evolutivo), capaz de traducirse en positivos por cuanto parciales ejemplos.

Bajo el estricto control de la “cultura de la incivilidad” la “democracia” encontró cada vez mas graves y serias dificultades, en su intención de dar expansión a sus nuevas y mas evolucionadas condiciones de vida.

Con el correr del tiempo la “democracia” como cultura expresión de “civilidad” se ha ido extinguiendo lenta y paulatinamente.

La lenta extinción de la fuerza de expansión de la cultura “democrática” se ha generado, en concomitancia con un proceso de progresiva reducción de la justa importancia de otorgar a su presencia en el contexto humano.

Visto el peligroso crecimiento y desarrollo inicial de la “democracia”, la “cultura de la incivilidad”, articuló un bien proyectado proceso de realizar a través del tiempo.

Habiendo el dominio sobre los sectores componentes
de la forma de vida,
la “cultura de la incivilidad”
organizó en torno a un contexto de factores humanos favorables,
un lento negativo proceso
de contaminación degradan-te.

Contaminación destinada a falsear, desvirtuar, distorsionar e invalidar ética-mente los valores de la cultura “democrática”, haciéndola caer en las impuras manos de seres humanos inmersos en la “cultura de la incivilidad”.

Con el transcurrir del tiempo las posibilidades de expansión de la cultura “democrática” fue perdiendo fuerza en su acción, hasta llegar a una faz de estancamiento al punto de ser considerada una dinámica inactiva.

El proceso planificado y articulado por la “incivilidad” comenzó con la des-naturalización de la cultura “democrática”.

Una vez cumplida la acción de des-activación de la cultura “democrática”, se proyectó consecuentemente sobre las propias estructuras y funciones desarrolladas por la misma, a nivel de los órganos de conducción y ordenamiento.

La “cultura de la incivilidad” actuó sobre las estructuras y funciones institucionales de organización “democrática“, utilizando la negativa tendencia del ser humano de generar entorno a los órganos de conducción y ordenamiento una inmutada conservación de los bienes adquiridos.

La “democracia” inmovilizada en su “civil”
capacidad de continuar a darse
nuevos niveles de mejoramiento estructural y funcional,
ha permanecido petrificada
durante el entero período por ella iniciado.

En presencia de una faz evolutiva caracterizada por un avasallan-te progreso innovador, dispuesto a producir cambios trascendentes en las condiciones de la forma de vida, la “democracia” se presenta incapaz de generar sobre si misma (estructuras y funciones) un real y necesario proceso de actualización.

A este punto la “democracia” y su entero contexto organizativo se propone como un instrumento desactualizado, y por ello ineficiente e insuficiente a cumplir sus importantes funciones de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales.

La “democracia” se encuentra en la actualidad en una situación de par-adoso.

En poco tiempo
(no es mucho el transcurrido
desde su introducción e inserción en la forma de vida),
ha pasado de ser un instrumento
portador de trascendentes innovaciones conceptuales,
en otro envejecido, estancado, desactualizado.

Su capacidad inicial de transmitir reales sensaciones de mejoramiento cultural en todos los campos de la forma de vida, se ha transformado (a partir de un “incivil” contribución humana a tales efectos) en una entidad cuyas estructuras y funciones presentan una inmovilidad tal, como si sobre las mismas pesaran siglos de inactividad.

Ante tales irreconocibles condiciones o la “democracia” demuestra también ella un “incivil” uso del poder proyectado a conservarlo a todo costo a través del tiempo, o mas ciertamente lógico es el ser humano embarcado en sus posiciones conceptuales quien entiende aprovechar de las circunstancias para eternizarse en ese medio.

No descarguemos sobre la “democracia” (una “civil” enviada de posiciones conceptuales y culturales de mejoramiento), culpas de adosar al ser humano primer y designado interprete de su propio destino, obsesionado por la idea de continuar a ser dominado por la “cultura de la incivilidad”.

La democracia una ideología de ser actuada en todos los sectores y órdenes de la forma de vida.

La “democracia” falseada y desnaturalizada del implacable dominio de la “cultura de la incivilidad”, es poseedora de una posición conceptual - cultural de considerar de alto nivel de civilidad”.
Hubiera sido esencial extender su radio de acción sobre todos los sectores componentes

de la forma de vida, pues de su amplia expansión dependía la proyección y progresión del mejoramiento cultural en general.

El restrictivo aplicar los preceptos, principios y fundamentos “democráticos” al reducido campo de la “política”, y sus derivaciones organizativas sobre los poderes de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales, ha constreñido a su posición conceptual - cultural a ponerse en manos de la “incivilidad”.

La “democracia” predicando
con sus principios y fundamentos
la “libertad, el equilibrio de función
y la cancelación de las desigualdades,
ha introducido una forma conceptual intencionada
a incluir tácitamente un justo y correcto
comportamiento en los actos comunes de vida en general.

En una justa aplicación de la “democracia” los preceptos emanados de su cultura se extienden a ámbitos insospechados.

El entero cuerpo de actos de comportamientos, de convivencia y de relación en general (procedentes de la gran mayor parte de los componentes humanos del cada cuerpo social), deben cumplir con las inviolables exigencias de un correcto desenvolvimiento.

La “democracia” será real y concreta-mente practicable haciendo percibir todos sus valores, cuando todos lo miembros componentes los cuerpos sociales se propongan en actitud responsable respecto a sus propias acciones.

La “democracia” solo será posible llevarla a cabo en modo integral cuando los integrantes de una comunidad, se presenten en grado de respetar y aplicar por propias y bien definidas condiciones adquiridas, las justas y racionales normas de “civilidad” en el modo de desenvolver sus funciones de vida.

En tanto no se verifique un cambio cultural integral
la “democracia”
(como cualquier otra positiva tendencia conceptual),
terminará por inmolarse obteniendo
algún resultado
pero solo parcial e insuficiente.

Resultado proyectado a diluirse en el tiempo y perderse en la “incivil” trama tejida en torno a la evolución humana.

Las “civiles” intenciones de posiciones culturales y conceptuales como la “democracia” (proyectadas a producirse en un estrecho, ínfimo espacio disponible), parecen condenadas de antemano a la extinción.

Extinción ante la inexistencia de cambios trascendentes en el campo de la cancelación de la “cultura de la incivilidad”, dominante de base absoluta y negativa de la evolución humana.

Probablemente la ”democracia” ha generado serios temores en la “cultura de la incivilidad” (en virtud de una posible benéfica expansión de su amplia posición conceptual y cultural),

al punto de sentirse obligada a tomar medidas poniendo en acción los diversos sectores a disposición.

No era de obviar el empleo
en tan negativas funciones
del sector mas importante
representado por la componente humana.

Componente humana con aún muy sólidas y activas bases substanciales en plena vigencia representadas por las culturas primitivas y los factores instintivos negativos, con quienes la “cultura de la incivilidad” ha instaurado de siempre una estrecha relación de mutua dependencia.

La democracia y su reducido habitual ámbito funcional.

La “democracia ha intervenido en el campo humano con la posibilidad de provocar una profunda modificación de los contenidos culturales en general.

Los trascendentes cambio producidos en los mas altos niveles de los órganos de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales, ubicaron a la “democracia” en el terreno de constituirse en una entidad conceptual con una privilegiada posición operativa.

Privilegiada posición cuya positiva derivación cultural era en grado de extenderse al entero cuerpo de sectores componentes la forma de vida.

La transformación estructural y funcional provocada por el inserción y aplicación de la “democracia” en los mas altos niveles de los poderes de conducción y ordenamiento, proyectaron el movimiento cultural por ella propuesto a una ideal posición para dar vida a un proceso de expansión de sus contenidos conceptuales.

Los preceptos, principios y fundamentos
a la base y substancia
de la esencia cultural de la “democracia”,
no son dirigidos específicamente
a dar nuevas y mas evolucionadas características
a la organización
de los poderes de conducción social.

Los cambios destinados a producir en su momento un nuevo tipo de organización de los órganos de conducción y ordenamiento social, son solo la consecuencia de una posición conceptual dispuesta a modificar radicalmente las características generales de la forma de vida.

La “democracia” responde en realidad a un movimiento cultural cuya dinámica sustentada en una substancial posición de “civilidad”, necesita para ser plenamente ejercitada extenderse, conectarse y relacionarse con todos los planos y sectores componentes la forma de vida.

La esencia de los cambios sugeridos por la “democracia” comprende y abarca para llegar a afirmarse y consolidarse como posición cultural, todos los aspectos intervinientes en el

desenvolvimiento de la forma de vida.

De lo expresado se deduce la presencia de una doble capacidad funcional al interno de la configuración de la “democracia”:

Por un lado una posición conceptual proyectada a actuar y modificar la disposición y organización de los instrumentos aplicativos y rectores de la forma de vida, a partir de principios y fundamentos capaces de renovar y actualizar (en su momento) las configuraciones operativas existentes.

Por otro presentando una condición dispuesta a interpretar el rol de movimiento cultural, intencionado a cambiar las dinámicas y mecanismos (a pre-valencia de índole negativa) al interno del desenvolvimiento de la forma de vida.

La doble e importante función
en grado de ser involucrada y empeñada la “democracia”,
tropezó en su “civil” intención
(como no podía ser de otra manera),
con la dominante presencia de la “cultura de la incivilidad”.

La “cultura de la incivilidad” advirtió oportunamente en la “democracia” el inicio de una de las tantas reacciones de “civilidad” de los “factores positivos de la interioridad”, dispuestos a intervenir ocasionalmente para hacer sentir su presencia y existencia.

Subsiguiente-mente al comprobar el pleno éxito obtenido con el trascendente cambio estructural funcional provocado a nivel de los órganos de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales, la “cultura de la incivilidad” se impuso la necesidad de organizar dinámicas de defensiva contención.

Defensiva contención destinada no a intervenir (no es su costumbre), sino a minar las bases del consecuente crecimiento y desarrollo del movimiento cultural en cuya expansión la “democracia” volcó sus mejores empeños.

La “cultura de la incivilidad” de siempre dotada de justa tempestividad y oportunismo en el desenvolvimiento de sus actos tanto defensivos como ofensivos (enorme experiencia adquirida a lo largo del entero proceso evolutivo humano), ubicó ademas el tema central de ser tratado en su contraofensiva.

Individualizó en el movimiento cultural “democrático”
el instrumento neutralizante de ser utilizado,
pues controlando primero y anulando después
su tentativo de expansión,
el proceso se habría diluido con el tiempo.

La capacidad asumida para el caso por la “incivilidad” fue aquella de visualizar en la expansión del movimiento cultural “democrático”, el mayor latente progresivo peligro necesitado de ser controlado para conservar indemne su dominio.

La posición conceptual acogida con todas las loas de la humanidad y traducida en poco tiempo en nuevas e innovadores estructuras y funciones, destinadas a cambiar radicalmente las lineas de los modelos de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales, eran de considerar de menor importancia.

Relativo o poco valor asumían los trascendentes cambios originados en el campo de los mas altos rangos del poder de decisión.
Los cambios solo respondían a una mas justa organización de los mismos.

Tal aparente determinante situación carece de importancia cuando sobre las mas valorables entidades estructurales y funcionales, es factible hacer recaer las insidias de un desenvolvimiento humano condicionado por la dominante presencia de la “cultura de la incivilidad”.

Centrada la acción de la “incivilidad”
sobre la dinámica expansiva
del “movimiento cultural democrático”,
el mismo fue paulatina pero decididamente
controlado y neutralizado.

El proceso “cultural democrático” ha sido neutralizado y anulado con tal sentido de la oportunidad, al punto de romper todas las necesarias y fructíferas relaciones imprescindibles a desarrollar el proyecto.

Relaciones entre la posición conceptual puesta en marcha y aplicada a nivel de los órganos de conducción y ordenamiento de los poderes de decisión, y la componente masiva de los cuerpos sociales.

La componente masiva de los cuerpos sociales se ha sentido huérfana de la imprescindible componente cultural habitual (“incivilidad”), en función de un desarrollo generalizado de la practica de los principios y fundamentos a la base de la esencia substancial de la “democracia”.

Ante la presencia de esta significativa condición los cuerpos sociales practicantes de los modelos “democráticos” a nivel de los altos niveles de decisión, se hallan radicalmente divididos en dos sectores:

Un primer sector de encuadrar en el campo de una organización estructural y funcional en grado de responder a una arquitectura “democrática”.
Un segundo sector considerado componente masiva de los cuerpos sociales sin alguna justa preparación, para desenvolver sus funciones en un campo bajo el signo cultural de la “democracia”.

En relación con la bien definida división existente al interno de los cuerpos sociales respecto a las posiciones de organización “democrática”, se destaca la ausencia de una real “cultura” generalizada y representativa de la misma.

De tal anómala configuración interna surge inevitablemente una presencia reductora del valor aplicativo de la “democracia” como cultura, pues de considerar inexistente una justa preparación a ejercitarla.

Las poblaciones sin suficiente formación democrática se muestran imposibilitadas de vivir según los principios de ese sistema.

La presencia de un adecuado sistema de educación “democrática” al interno de los cuerpos sociales, resulta una entidad imprescindible para hacer un eficiente uso de su

completo modelo cultural.

La “democracia” no centra
la entera disposición
de preceptos, principios y fundamentos,
en establecer
solo la “libertad de expresión u opinión”
y menos aún
en sus derivados complementarios.

El derecho de la “libertad de expresión” debe ir justamente avalado y convalidado por argumentaciones merecedoras de gozar de la misma.

La “democracia” hecha girar en torno a posiciones de “conveniencia” solo en apariencia relacionadas con la misma (o porque ella da derecho a utilizarlas), conduce a transmitir una condición de inestabilidad, de in-certeza de los reales beneficios provocados por su ejercicio.

La “democracia” arquitecta la amplia gama de derechos de ella surgidos en torno a una base cultural dispuesta a convalidar, los adecuados modelos necesario de ser utilizados para su correcto, justo lógico empleo.

Para poder disponer beneficiando realmente de los derechos producidos y otorgados por la “democracia”, es imprescindible ellos se propongan como la consecuencia de un racional uso de los mismos.

El uso racional de los derechos “democráticos” nace de un adecuado y completo conocimiento y aplicación de esa cultura (constituyen el resultado de sus posiciones conceptuales).

El hacer un uso impropio de los derechos
surgidos
de los principios y fundamentos “democráticos” de base,
lleva
a desvirtuar, desnaturalizar
la arquitectura conceptual
sobre cuyos cimientos
se apoya la configuración de la cultura por ellos generados.

Las poblaciones sujetas a un sistema de conducción y ordenamiento de índole “democrática” (según lo indicado por la configuración de sus estructuras y funciones del poder de decisión), carecen en general de una suficiente y eficiente preparación para desenvolver su forma de vida bajo el signo de esa cultura.

Las masas de población de los cuerpos sociales tienen acceso a elementales e insuficientes datos para tomar conocimiento de la “cultura democrática”, de considerar tan precarios de presentarse inexistentes.

Datos elementales y precarios surgidos no de alguna fuente en algún modo autorizada, sino de accidentales y fabuladas configuraciones juglarescas, fruto de la imaginación popular.

Imaginación popular siempre predispuesta a magnificar y distorsionar (siempre en beneficio de los propios intereses), las consistente ventajas proyectadas por un sistema

dispuesto a dar todo sin requerir nada.

La ausencia de una justa preparación cultural sobre la “democracia” imperante en las masas componentes de los cuerpos sociales, constituye el instrumento mas importante en grado de atentar contra su mas justa y lógica posibilidad de creciente evolución.

Ignorando la real esencia
del contenido cultural de la “democracia”,
quienes suponen
presentarse
autorizados a ejercitarla
por el solo hecho de formar parte de ella,
no se hacen
merecedores de llevarla a la práctica.

Ser autorizados a participar y practicar la “democracia”, solo son aquellos en grado de haber adquirido una suficiente preparación en el campo de su formación e interpretación cultural.

La “democracia” no es de considerar una entidad cultural caída del cielo en dotación a todo aquel por gracia recibida.

Para formar parte de ella es preciso cumplir con exigencias relacionadas con los justos modelos de conducta y comportamiento al interno de la forma de vida.

La “democracia” como cultura
impone
tomar conocimiento primero y aplicar después
en cada individual caso,
un coherente modulo funcional
de ser ejercitado
con responsabilidad y criterio
al interno de la vida cotidiana.

El desconocimiento de las exigencias requeridas en el ámbito de la forma de vida para una justa concreción de la cultura “democrática”, presupone la errónea posición de poder prescindir de ellas simplemente porque se las ignora.

Solo una configuración de una vida cotidiana generalizada organizada culturalmente bajo el signo de la “democracia”, es posible considerarla en correspondencia y relación con una aplicación integral de la misma.

La “democracia” como todo tipo de posición conceptual cultural destinada a cumplir una función de índole generalizado, o se propone realizar-la integralmente (en sus efectos benéficos y en sus exigencias), o se diluye lentamente a través del tiempo.
Lenta di-lución del entero contexto de su configuración cultural hasta perder sus características mas significativas.

El entrar en una nueva e innovadora posición conceptual - cultural presupone sistemáticamente de parte de quienes entienden adoptarla, haber por un lado la convencida voluntad de hacerla propia, por otro asumir la responsabilidad de afrontar las exigencias surgidas de su mas justo modo de implementar-la.

El mas justo modo de implementar
la “democracia integral”
(una vez instaurada a nivel de los mas altos niveles
del poder de conducción y ordenamiento),
es proceder
a un intensivo proceso
de educación formativa de índole “cultural”.

La rigurosa educación formativa de la cultura “democrática” de impartir a la entera masa de la población de los cuerpos sociales, pondrá de manifiesto el modo mas adecuado para ejercitarla.
En el ejercitar-la se incluirán indefectiblemente las exigencias requeridas a los cambios de inserir en el campo de forma de vida.

En la educación formativa cultural “democrática” son de incluir los componentes de los órganos de conducción y ordenamiento, a cuyo interno solo es supuesta-mente practicado y aplicado el modelo funcional proyectado de esa concepción.

El ser humano ha tratado de acomodar la “democracia” como concepción y cultura a sus propias e inamovibles condiciones de la forma de vida (dominada por la “cultura de la incivilidad”).

Actuando en tal modo cumple con todos los requisitos necesarios para llevar al proceso “democrático” a una natural y progresiva extinción.

Extinción fruto no de una premeditada
intención en procurar-la,
sino
de una completa ausencia
de fundamentos culturales
jamás introducidos crecidos y desarrollados
al interno de los cuerpos sociales.

La “democracia” es utilizada por la humanidad con tal des-aprensión y des-prejuicio propio de quien supone haberla a total disposición, cuando en realidad solo es en grado de emplear sus virtudes en modo elemental y mínimo.

La humanidad tampoco parece rendirse cuenta de cuanto la “democracia” está abandonando lentamente (probablemente desconcertada o mejor herida en su amor propio), la escena donde aún se la considera activa participante.

Al degrado y la decadencia consumada a través del tiempo, se suma una propia convalidada situación reflejo de una clara tendencia, a una paulatina disminución de su fuerza conceptual y cultural.

Anómala disposición de relación entre “ser humano y democracia”.

Sobre la ausencia de una verdadera y concreta “cultura democrática” se tejen las mas intrincadas y contradictorias redes.

De las arbitrarias e intrincadas redes de “conveniencia”
surgen las mas variadas reglas
finalizadas a dar un cuerpo argumental
a todo tipo
de improvisado desenvolvimiento “democrático”.

También en este caso la transposición de términos juega un rol fundamental en la errónea asignación de funciones.

Como es usual el ser humano ubica en primer plano sus propios intereses.

El resultado de la transposición de términos da lugar a una incongruente situación.

En lugar de poner la humanidad al servicio de la “democracia”, es ésta quien asume la posición de una reverencial sumisión a los efectos de establecer una relación entre las partes.

Si la humanidad ha necesitado de la “democracia” para rever profundos errores de configuración, es ella la natural destinataria de los cambios conceptuales y culturales. Por ello es el ser humano quien debe ponerse al servicio de la “democracia” y no el contrario.

De aquí en mas de esta presuntuosa interpretación de las posiciones entre las partes, nacen, crecen y se desarrollan las mas arbitrarias variantes en el campo de las relaciones entre “ser humano y democracia”.

El consenso social es un complemento de la democracia,
no su esencia funcional.

En el particular sistema “democrático” implementado por el ser humano (adecuado a su inamovible forma de vida), resulta un instrumento fundamental el consenso expresado al interno de los cuerpos sociales llamado a la cita electoral.

El mayor o menor consenso
obtenido por las formaciones políticas
confrontadas en la cita electoral,
constituye
un punto de referencia esencial.

A partir de ese punto de referencia se dictamina el distinto orden de importancia de las formaciones políticas, en la composición de los órganos institucionales proyectados a hacerse cargo de los poderes de decisión.

Es justo atribuir a la tendencia “democrática” la posibilidad de establecer las medidas necesarias, a configurar planes de acción en directa relación con sus posiciones conceptuales.

Para lograr tal objetivo empleará los medios mas adecuados para establecer en el mejor de los modos, disposiciones tendientes a confirmar la presencia de medios conceptuales coincidentes.

La primaria importancia otorgada
al “consenso social”
en el campo de la concreción
de un real proceso “democrático”,
asume teóricamente una justa dimensión en relación
a las bases esenciales
referidas a la participación representativa.

La proyección en el plano de primaria importancia en torno al “consenso social”, con la posibilidad dada a cada individualidad componente de intervenir y dictaminar su preferencia por una u otra ideología presente en el campo electoral, afirma y consolida una substancial base aplicativa de la “democracia”.

La participación indiscriminada de todos los miembros de un cuerpo social en el acto de dictaminar los propios representantes a los órganos del poder de decisión, constituye un importante y apreciable acto práctico destinado a confirmar la presencia de la “democracia”.

El problema surge cuando se analizan y estudian las características y condiciones formativas respecto a la “democracia”, existente en la gran mayor masa del cuerpo social dispuesto a acudir a la cita electoral.

Los cuerpos sociales
pertenecientes a configuraciones de índole “democrática”
(no importa cuanto mas o menos desarrollados ellos se presenten),
carecen de una justa y necesaria
preparación cultural de tipo “democrático”.

La carencia o ausencia de una preparación cultural de índole “democrática” al interno de la masa de los cuerpos sociales es de considerar casi absoluta.

Con a cuestas tan negativa situación resulta fácil comprender y aceptar, cuanto poco iluminados en el real sentido “democrático” se propongan los dictámenes emanados de quienes presentan un total desconocimiento de la cultura madre a la base del sistema.

La capacidad de dictaminar de la masa de los cuerpos sociales sobre las posiciones políticas confrontadas en la cita electoral, poco se relaciona con el real valor “democrático” de las partes en juego.

Los dictámenes electorales toman la bien definida dirección de cuanto cada formación política, es capaz de interpretar en sus programas las propias inclinaciones individuales fundadas en las mas diversas índoles.

Así según el caso personal lo indique surgirán motivaciones ideológicas, emotivas, en defensa de los propios intereses etc. etc.

Posiciones con poca, accidental o ninguna relación
con el fundamental criterio esencial
proyectado,
a hacer prevalecer la presencia central y primordial
de las condiciones de función
de las dinámicas “democráticas” en general.

Las posiciones individuales convencionales están lejos del interés primario fundado en salvaguardar las condiciones de función de las comunidades, ofrecidas por los principios y fundamentos esenciales al mantenimiento de una efectiva y eficiente cultura "democrática".

La masa social con una inexistente preparación en el fundamental campo "democrático" (entidad de proteger y estimular en su crecimiento y desarrollo), se comporta como un cuerpo extraño, solo capaz de participar impropiamente a un sistema de cuya configuración cultural es del todo ajena.

A través del empleo del "consenso social" utilizado en un supuesto campo "democrático" (dotado de una particular y confusa idiosincrasia), la arbitraria y des-articulada disposición de las partes intervinientes, constituye un descompensado rompecabezas conceptual.

Para llegar a una justa y lógica aplicación del "consenso social" en un campo bajo el ejercicio de la "democracia", es indispensable disponer de una masa social suficiente y eficientemente preparada en el ámbito cultural en correspondencia con esa central posición conceptual.

A poco sirve el "consenso social" si surgido en el mas completo desconocimiento de las características culturales esenciales, de los preceptos, principios y fundamentos "democráticos" rectores de las bases de su posición conceptual.

Si el "consenso social"
acosado en general por exigencias personales,
conduce a las propias comunidades
a producirse en desequilibrios funcionales internos
(encaminando hacia el endeudamiento),
su función no es de considerar eficiente.

Ante la presencia de las circunstancias citadas en precedencia es evidente la ausencia en la dinámica funcional del "consenso social", de una justa preparación y conocimiento cultural "democrático" de base.

La cultura "democrática" de base parte de un fundamental precepto primario merecedor de recibir de la entera comunidad el mas riguroso respecto, aquel dispuesto a indicar la necesidad de conservar el "equilibrio funcional interno".

Es sobre el mantenimiento, conservación o eventual restablecimiento del "equilibrio funcional interno", el punto central y de mayor importancia de tener en consideración de un bien formado veredicto del "consenso social".
"Consenso social" obligado a intervenir con responsabilidad (según justa y decidida convicción cultural "democrática").

El "consenso social" practicado con en dotación un alto nivel de preparación en la "cultura democrática", requerirá o mejor exigirá de los órganos de conducción y ordenamiento, el riguroso respeto de los principios fundan-tes del "equilibrio funcional interno".

El "equilibrio funcional interno"
basado en una justa nivelación de los factores
componentes de la forma de vida,
constituye el fundamental pilar de la cultura "democrática" de base.

Por ello ante la necesaria justa convergencia formativa entre “posiciones ideológicas conceptuales y cultura democrática”, solo un “consenso social” capaz de reflejar una suficiente preparación en ambos campos, es de considerarse adapto a cumplir sus funciones al interno del sistema.

La ausencia de una adecuada preparación “cultural democrática” priva al “consenso social” desempeñar una esencial función primaria; aquella de consciente y racional control, del mas justo y equilibrado desenvolvimiento de los órganos de conducción y ordenamiento (y de la política encargada de encarnar-los ideológica-mente).

Bajo el signo de la “cultura democrática” el “consenso social” no representa una opinión, la participación a una tendencia ideológica y mucho menos a los propios intereses.

Lo mas importante a ser determinado
del “consenso social”
a través de racionales y analíticas apreciaciones,
se relaciona y toma como punto de referencia
las condiciones existentes en el campo
del “equilibrio funcional interno” de una entera comunidad.

No ubicar en primer plano el estado común y general del entero cuerpo social (equilibrio o desequilibrio funcional interno), significa desconocer y consecuentemente no aplicar a las propias razones, los principios y fundamentos a la base substancial de la “cultura democrática”.

A poco sirve la “libertad de expresión” si el criterio utilizado adolece del justo apoyo de razones lógicas.

El haber adquirido la “libertad de expresión” en modo generalizado, ha constituido una de las mas importantes conquistas logradas a partir de la instauración y aplicación de la “democracia”.

El dono de la “libertad de expresión” se ha convertido con el pasar del tiempo (y la autorizada protección a proyectarse en cualquier modo), en un instrumento utilizado con extrema facilidad, desenvoltura y con escaso propio criterio auto-crítico.

La abierta y no objeta-ble puesta en juego de las propias opiniones (sin dar alguna importancia si las mismas son de encuadrar en el marco de respetables o menos), ha favorecido una gran circulación de expresiones surgidas de primeras espontánea instintivas impresiones.

Se podría afirmar cuanto a través del tiempo
la “libertad de opinión”
ha desvirtuado la positiva real intención inicial
de permitir en modo indiscriminado
la propagación de propias formas de pensar.

Formas de pensar dentro de cuyo ámbito son de tener en consideración un cierto nivel de valor surgidas de las apreciaciones vertidas.

Probablemente el acelerado ritmo asumido por la forma de vida ha impulsado a emplear la “libertad de opinión”, utilizando poco tiempo en elaborar las posiciones conceptuales de ser presentadas.

En las actuales circunstancias evolutivas la parcial incompleta preparación en la emisión de las “propias opiniones” ha limitando su modo de acción, al punto de considerar su forma de intervenir un producto generalmente híbrido.
Las formas de opinión se presentan en general en modo indefinido y particularmente carentes de justa y lógica configuración conceptual.

Se propone las “opiniones”
considerándolas desde el inicio
disposiciones de pasaje de veloz dispersión en el tiempo.
La mayor parte de ellas perecen
(como las mariposas)
poco tiempo después de ser emitidas.

La anómala dinámica asumida por las formas de “opinión” encuentran fácil crecimiento y desarrollo, complementadas por el desplazamiento a un segundo plano complementario, de la racionalidad y el discernimiento lógico empleados en su emisión.
Racionalidad y discernimiento lógico considerados instrumentos perturban-tes de la tendencia de las “opiniones” a ser modelos pasajeros (del momento).
“Opiniones” cuyas posiciones son rápidamente remplazadas en corto tiempo por otras en constante sucesión.

Cuanto las “opiniones” vertidas se propongan válidas o menos poco importa.
Interesa solo su capacidad de adaptarse a las nuevas circunstancias y para ello es necesario se renueven y cambien las estrategias conceptuales con facilidad.

Paralelamente a la emisión
de “opiniones” renovables
entran en función
las posiciones argumentales de “conveniencia”.

Las “opiniones” son en general destinadas a representar posiciones imbuidas de propios intereses.
La articulación de sus argumentaciones giran hábilmente en torno a las cuestiones tratadas, para finalmente dar la justa estocada dirigida intencional y arbitrariamente a proponer las lineas según una propia intención o beneficio.

La política y la “democracia” no escapan a la tendencia abordada por las formas de “opinión”, y se hallan decididamente embarcadas en traducir esas duales posiciones en propios incentivos operativos.

En un cuadro plagado de una confusa proliferación de formas ideológicas la “política” y con ella la “democracia”, se desenvuelven en un terreno dispuesto a cambiar con frecuencia sus posiciones conceptuales.

La “libertad de expresión”
otorgada en dono por la “democracia”,
se traduce en una generalizada superficial proyección
surgida de “primeras impresiones”.

Primeras impresiones emanadas y emitidas sin ser suficientemente analizadas antes de ser producidas (en tanto lo mas importante es pronunciarlas en el momento mas justo y oportuno).

La “libertad de opinión” en un campo “político y democrático en decadencia y degrado”, se convierte por par-adoso en un instrumento destinado:

a cubrir situaciones embarazan-tes con argumentos de circunstancia.
a amplificar las condiciones de confusión y des-articulación reinante.
a intervenir arbitrariamente en todos los campos.
a implementar sugerencias carentes de fundamentos lógicos.
a incrementar el desequilibrio funcional interno de los cuerpos sociales.
a acrecentar el nivel, cantidad y cualidad de las desigualdades sociales.
a sostener el desorden funcional administrativo.
a considerar justo desentenderse de las deudas adquiridas.

La “libertad de opinión” para cumplir con eficiencia y suficiencia su función (en el pequeño o grande espacio a ella dedicado al interno de la forma de vida), es esencial se elabore bajo cánones de racionalidad y de discernimiento lógico.

La racionalidad y discernimiento lógico son de empelar indefectiblemente en la construcción de las motivaciones argumentales de las “opiniones”, pues solo articuladas bajo esos modelos adquieren valor como posición conceptual.

Las “opiniones” dejan ser tales para convertirse en meras, pasajeras e inconsistentes impresiones, sin dotarse de otro interés de aquel de hacer participar a una informal, improvisada e in-concluyente conversación.

La “libre opinión” carente de la presencia
de la racionalidad y del discernimiento lógico
en su configuración argumental,
pone un decisivo
negativo interrogante
sobre la validez de aquello emitido.

Los ámbitos de la “política” y la “democracia” haciendo un abusivo uso de las posiciones conceptuales de “conveniencia”, intervienen en forma directa (por el solo hecho de hacerlo) en distorsionar, desnaturalizar sus propios principios y fundamentos de base.

Sin la presencia tácitamente operante de la racionalidad y del discernimiento lógico, una “opinión” merece tan poca consideración de llegar en la mayor parte de los casos a no prestar alguna utilidad el hacerse presente.

Solo una humanidad con un alto taso de “cultura de la civilidad” puede atribuirse la posibilidad y el dono de practicar la democracia en su justa medida.

La “democracia” ha abierto de par en par las puertas a la posible introducción en el campo político de la mas variada gama de ideologías, proyectadas a inserirse en ese campo según un propio modelo conceptual.

El mayor o menor éxito de las ideologías propuestas se hace justamente dependiente del consenso obtenido en el campo electoral.

La presencia de nuevas ideologías da la impresión de inentar actualizar con renovadas contribuciones conceptuales un estático parque de variables.
En un in-variado parque ideológico las formas de larga presencia han adquirido una conformación estructural y funcional bien definida (partidos políticos).

Los partidos políticos
son la consecuencia de ideologías
cuya permanencia a lo largo del tiempo
han asumido características
estructurales y funcionales
sólidamente afirmadas en el medio social.

A través de las estructuras partidarias consolidadas se practican en el modo mas adecuado las formalidades “democráticas”, disponiéndose en escalonados niveles el acceso a los puestos de poder.

La disposición de la “política” en entidades organizadas según convencidas líneas “democráticas”, constituyen en realidad un conglomerado humano de mayor o menor cantidad de integrantes.

Conglomerado humano cuyas distintas sedes se presentan con las características de escenarios dotados de una multitudinaria diversa forma de pensar.

Del interno de los diversos grupos generados al interno de los partidos políticos, surgen las mas impensadas gamas de maniobras.
Las maniobras sujetas a formar parte de una única caldera termina por provocar finalmente, no la mejor configuración de la “democracia” sino una total y muy pronunciada. ”anarquía”.

El “diálogo constructivo” ubicado al centro de un “democrático” modo de entablar la solución de las distintas problemáticas, ha sido convertido por la “cultura de la incivilidad” (aún al interno de un propio contexto ideológico -“partido político -”), en un campo plagado de estériles confrontaciones.
En un campo plagado de confrontaciones y contradicciones la búsqueda de las mas justas y lógicas soluciones a las problemáticas sociales brillan por su ausencia.

Si tan anómala situación se produce al interno
de una misma ideología o estructura partidaria,
es fácil imaginar
la necesaria multiplicación exponencial
cuando a nivel institucional,
se produce el encuentro (o desencuentro)
entre fracciones o formaciones políticas de diversa índole.

Las asambleas legislativas empeñadas en una continua permanente lucha entre fracciones ideológicas opuestas, no son en grado de establecer en modo regular las prioridades esenciales de realizar en función operativa.

Se limitan a promover leyes de efectos sobre argumentos y sectores tan accesorios y

complementarios, de dar la impresión de haber perdido relación con la realidad y todos aquellos factores de ser tratados con total primacía y rigurosidad.

Las estructuras y funciones legislativas (en manos de los representantes de la sociedad), son cuerpos institucionales precipitados plenamente bajo el dominio de la “cultura de la incivilidad”.

La configuración de las estructuras y funciones de los órganos de conducción y ordenamiento, han desvirtuado a tal punto la índole de sus actividades de poder ser consideradas, ya no pertenecientes a una bien definida posición conceptual “democrática”.

La “democracia” se presenta
solo como una pantalla protectora
signada
por estructuras y funciones,
bloqueadas
en la imposibilidad de superar
obstáculos considerados insalvables
porque involucrados en perversos mecanismos.

Obstáculos en paulatino incremento creados por el mismo ser humano quien bajo el dominio por la “cultura de la incivilidad”, ha ido desnaturalizando la exquisita articulación conceptual de la “democracia”.

La “democracia” y sus “civiles” objetivos de obtener una vez entrado en el mirrino operativo de la “cultura de la incivilidad”, han iniciado un crónico proceso de decadencia y degrado.

Decadencia y degrado propuesto según una tendencia al incremento, en modo tal de llevar a la “democracia” y a la “política” a un ulterior y progresivo terreno de desprestigio.

El degrado es un proceso a progresión continua con la capacidad en su lento modo de transcurrir de pasar inadvertido, pero bajo tal pacífica característica esconde el peligro de dar lugar a un de-curso irreversible.

Introducidas en un proceso de degrado
la “democracia” y la “política”
encontrarán
gran dificultad
en superar la irreversibilidad de proceso.

Las únicas con reales y concretas posibilidades de subsistir incólumes a los embates de la “cultura de la incivilidad”, son las posiciones conceptuales y fundamentos a la base cultural de la “democracia”, quienes continuarán a ser consideradas una entidad de insuperable índole cultural.

El error de la “democracia” (si puede llamarse tal al intento de inserir su cultura en la forma de vida), ha sido aquel de aceptar la propuesta de intervenir cuando la humanidad se hallaba aún bajo el domino de la “cultura de la incivilidad”.

Bajo el espectro de tan potente zona de sombras la “democracia” probablemente sobre-valoró su fuerza de “civilidad”, presuponiendo contar con una positiva disponibilidad

humana a su inserción en la forma de vida.

En realidad su introducción e inserción
si bien laboriosa y lograda a través del tiempo,
no presentó grandes dificultades
y fue bien recibida y aceptada en todos los campos.

La humanidad dominada por la “cultura de la incivilidad” (siempre dispuesta a producirse en impulsos instintivos), acogió calurosamente la “democracia” y la hizo partícipe de su forma de vida.

Como regularmente ocurre en el presuntuoso e inestable terreno humano en ningún momento se pensó en cumplir con un proceso de adaptación a la “democracia”, sino de pretender de ella su disponibilidad a formar parte de la forma de vida sin alterarla mayormente.

La inserción y práctica de la “civil” “democracia”
habiéndose realizado
en un contexto cultural opuesto
dominado por la “incivilidad”,
ha colocado desde el inicio al propio sistema
en condiciones de neta inferioridad.

Tal situación repercutió negativamente sobre el posterior intento de progresión de la “democracia”, quien (como no podía ser de otra manera) se vio obligada a soportar la diversificada capacidad de maniobra de la mas poderosa y acreditada opuesta “cultura de la incivilidad”.

De la experiencia vivida de la “civil” “democracia” y del negativo condicionamiento producido por el degrado y decadencia, de sus posiciones estructurales y funcionales de índole aplicativa operativa en el contexto humano, se obtienen claras conclusiones deductivas.

No es de atribuir a la “democracia” o a los preceptos, principios y fundamentos de su base conceptual y cultural, el degrado y decadencia de las estructuras y funciones por ella elaboradas y construidas.

Las estructuras y funciones elaboradas y construidas por la “democracia”, han sido dotadas conceptual y culturalmente de la capacidad de dar un vuelco evolutivo de mejoramiento, a las condiciones generales de la forma de vida.

La condición de decadencia y degrado
asumida de la “democracia”
es de atribuir plenamente
a las negativas condiciones culturales generales
imperantes en el campo humano.

Campo humano (en manos de la “cultura de la incivilidad”) capaz de esterilizar y reducir en inactivas cenizas, todo tangible intento de reducir su poder de dominio.

La “cultura de la incivilidad” imbatible vencedora y dominadora del entero contexto humano evolutivo, ha re-ubicado a la “civil” “democracia” y a los factores positivos interiores en grado de generarla, en una posición complementaria o accesoria.

La “cultura de la incivilidad” habiendo la plena y activa disponibilidad de las formas culturales primitivas y de los factores negativos instintivos, cuenta con el importante y mas determinante factor humano para consolidar su dominio.

Factor humano de hacer intervenir oportunamente en propio beneficio de la “cultura de la incivilidad”, dispuesta a desintegrar todo intento nacido de él mismo en busca de un milagroso y extemporáneo pasaje hacia la “civilidad”.

Para un ejercicio y práctica integral de la “democracia” referido a su amplia gama de preceptos, principios y fundamentos componentes su patrimonio conceptual y cultural (abarca el entero ámbito de sectores de la forma de vida”), es necesario considerar inapelable la presencia de una esencial condición.

Para llevar a la “democracia”
a su mas alto nivel de concreción
conceptual y cultural
es imprescindible proponerla en un contexto humano
solo bajo el dominio de la “cultura de la civilidad”.

La negativa conclusión del proceso es la lógica, justa consecuencia del resultado obtenido de la inserción de la “democracia” como interprete intermedio de un acto de “civilidad”.

Los hechos inherentes al proceso de decadencia y degrado sufrido por la “democracia” ponen claramente de manifiesto, cuanto la “cultura de la incivilidad” no acepta alguna interferencia o índole de intromisión sobre aquello por ella considerado de pura y exclusiva propiedad.

La “cultura de la incivilidad” solo puede ser destituida de su dominante poder, si detectada su presencia en todos los planos y sectores, y atacada en primera persona con la deliberada y bien definida intención de cancelarla.

Lo importante es considerar
el pasaje cultural humano
a un plano de dominio de la “civilidad”
una posibilidad factible de ser realizada
y no una inalcanzable utopía.

El objetivo de llevar a la humanidad a ser dominada por la “cultura de la civilidad”, es de ubicar en el mas elevado y destacado primer plano, pues de ello depende llevar a cabo los a este punto imprescindibles cambios trascendentes, de producir al interno de las condiciones de la forma de vida en general.

La puesta en práctica de “ideologías” políticas sustentadas en supuestos propios principios democráticos, no asegura de-cursos guiados y ejercitados según las indicaciones surgidas de sus fundamentos.

Las ideologías políticas no son de considerar de hecho constituidas sobre bases conceptuales “democráticas”.

En realidad las “ideologías políticas” provenientes de los pasos iniciales de la práctica

“democrática”, no son de considerar en directa relación con tal índole conceptual.
En realidad por la interesada defensa de ciertos sectores sociales las primeras ideologías políticas, eran de considerar medios instrumentales de parte, pues las circunstancias las impulsaban a asumir posiciones bien definidas.

Las ideologías políticas
por su propia idiosincrasia
son de considerar
el producto
de las distintas condiciones existente
en los diversos tiempos evolutivos.

Las cambiantes situaciones evolutivas constituyen el condimento para dar curso a nuevas propuestas ideológicas surgidas de las condiciones de la forma de vida.
Tal situación se refleja en el envejecimiento y des-actualización en cuyo ámbito se precipitan indefectiblemente las tendencias ideológicas.

El mantenimiento de muchas de ellas es la arbitraria consecuencia emanada de formas cuya proyección, las ha hecho derivar en estructuras “partidarias” organizadas y destinadas a perdurar a través del tiempo.

Las formas “partidarias” estructuradas y organizadas para mantener su condición a lo largo del tiempo, basan en la continuidad de su ya conocida posición ideológica el poder disponer a nivel electoral, de un consenso habituado a una clara y primaria posición conceptual adoptada y conservada.

Mas se proyecta en el tiempo una ideología política, mas parece incrementar el sostén a su bien definida posición conceptual.

La posición finalizada a conservar
la propia configuración ideológica a través del tiempo
resulta un acto contradictorio,
en relación con los actuales continuos cambios
experimentados al interno
de los distintos sectores componente la forma de vida.

Existe además una amplia gama de ideologías proyectadas a interpretar y tratar de solucionar las problemáticas, surgidas al interno de cuerpos sociales dotados de propias y particulares condiciones de vida.

Las ideologías políticas componen un heterogéneo espectro de cuyo análisis surgen las mas diversas e inesperadas tendencias, en la intención de otorgar a cada diversa forma de vida (el modelo aislacionista- divisionista así lo ha impuesto), las mejores condiciones a un propio tipo de desenvolvimiento.

En su primaria búsqueda de una eficiente y suficiente organización de la propia forma de vida de cada cuerpo social, es difícil identificar en el contenido de las ideologías la prioritaria intención de rendirse “democrática”.

Una ideología política
es de considerar “democrática”
cuando se presenta como una entidad de valor universal.

Las ideologías son el producto de necesidades funcionales surgidas de nuevas y particulares circunstancias evolutivas.
La cultura “democrática” el resultado de una elaboración conceptual y argumental destinada a configurar preceptos, principios y fundamentos en el ámbito de una organización y ordenamiento de índole general de la forma de vida.

Las ideologías políticas responden a las necesidades de cada uno de los cuerpos sociales de considerar entidades independientes, según el vigente ordenamiento “aislacionista - divisionista”.

La “democracia” ha configurado su ordenamiento conceptual en base a una disposición de preceptos, principios y fundamentos de considerar destinados a recibir una aplicación universal.
Las ideologías políticas deben adaptarse a constituirse en entidades “democráticas”, en tanto los principios y fundamentos de ese modelo lo son por cuenta propia.

Intervenir en un proceso
de naturaleza “democrática”
no hace de las ideologías políticas
entidades dotadas
de esas bien definidas características
conceptuales - culturales.

Las ideologías políticas dotadas cada una de ellas de una propia estrategia de función no son de considerar de por si, en correspondencia con una propia natural configuración “democrática”.

El amplio y diversificado espectro ofrecido por las ideologías políticas crea un confuso cuadro general, destinado a disminuir el valor conceptual - argumental de las distintas posiciones.

El multitudinario cuadro propuesto por las ideologías políticas en general en lugar de afianzar y consolidar la “democracia” (según se afirma), la lleva al degradado terreno de desnaturalizar sus propios principios y fundamentos.

Principios y fundamentos “democráticos” hechos girar según propios intereses en el nutrido parque de diversiones presentado por las ideologías políticas.

Trajinada sobre el propio versan-te según las diversas posiciones ideológicas (y las consecuentes confrontaciones entre las mismas), ponen en juego la universalidad conceptual y funcional de la “democracia”.

Puesta en discusión
la universalidad de la “democracia”
(parece ser en posesión de las distintas ideologías en confrontación),
cada una de ellas pasa a ser una mas,
en el intrincado, indefinido e indescifrable laberinto
creado por el campo político conceptual.

En el confuso y distorsionado panorama creado en torno al juego desplegado por las ideologías políticas, la “democracia” pasa a interpretar el rol de entidad madre incapaz de regular con cierta rigurosidad, la “libertad de acción” concedida a entidades no en grado

de merecerla.

En el ámbito de la carencia de una justa conducción del propio sistema, se verifica la debilidad y fragilidad de la “democracia” (aún por su propia configuración conceptual intrínseca), de siempre convencida de la inutilidad de emplear medios rigurosos en el desempeño de sus funciones.

Es penoso reconocer cuanto aún hoy la humanidad necesita de métodos rigurosos, para hacer respetar el desenvolvimiento de las propias justas funciones (dominio de la “cultura de la incivilidad”).

Las ideologías políticas por el solo hecho
de intentar pertenecer al sistema “democrático”,
no son autorizadas a considerarse entidades dotadas
(automáticamente)
de las condiciones intrínsecas
necesarias para pertenecer al mismo.

Proponerse como entidades fundadas en propias, afirmadas y probadas características “democráticas”, es la primaria y esencial condición de tomar como punto de referencia en relación a las “ideologías políticas” intencionadas a ser parte integrante del sistema.

Si las ideologías políticas entran en el negativo juego de maniobrar la “democracia” según propios intereses conceptuales, el entero sistema es destinado a desintegrarse pues se lo pone en manos del proceso de degrado.

Cuanto la “democracia” se presente incapaz de controlar y asegurar el eficiente ejercicio de función de las partes componentes el propio sistema (ideologías políticas), es una natural condición intrínseca de su “civil” configuración formativa, no en grado de desempeñar una suficiente función de riguroso control.

Ante tal imprescindible carencia funcional (incapacidad de imponer un justo control al desenvolvimiento de las partes componentes el sistema), la “democracia” es destinada a caer en el degrado impulsada por la “cultura de la incivilidad”.

No existe alguna lógica posibilidad
de identificar
alguna posición ideológica
con la universal posición conceptual y cultural
de la “democracia”.

Todo intento de las ideologías políticas de identificarse con la “democracia” es un burdo tentativo de otorgar a las propias posiciones conceptuales, un valor universal del cual no disponen.

La “democracia” como entidad conceptual- cultural de índole universal, se presenta al margen de ser enclaustrada al interno de tendencias ideológicas políticas solo plausibles de relacionarse con otras de igual identidad.

Los vínculos intencionados a relacionar las ideologías políticas con la “democracia” (cuerpos de diferente entidad y función), son de proyectar en el interesado campo de las posiciones de “conveniencia”.

Posiciones de conveniencia utilizadas con frecuencia en el ámbito de las ideologías políticas, en la in-concluyente danza en cuyo turbio ámbito se busca la obtención del mayor consenso social.

Las ideologías políticas dispuestas a proclamar
un impecable
desenvolvimiento “democrático”,
ya conceptual ya operativo,
solo se presentan en grado de respetar
los mas elementales, primarios y visibles
hechos fundan-tes del sistema.

En tanto los mas trascendentes principios y fundamentos esenciales al desenvolvimiento del sistema “democrático”, son sobrevolados con gran habilidad de las maniobras de las ideologías políticas en su función operativa.

Las ideologías políticas y sus estructuras funcionales se han configurado en un terreno “democrático”, minado de la “cultura de la incivilidad” practicada por los seres humanos encargados de rendirlas operativas.

La profunda interrelación entre la presencia de una cultura fraccionada (la “civil” encarnada por la “democracia”), y aquella en primaria función dominante (la “incivil” en posesión del instrumento humano), el resultado final de la lucha a distancia se presenta a todos los efectos indudablemente descontado.

En tanto las ideologías políticas giren en torno a una “cultura de la incivilidad” dominante de la acción operativa humana, el proceso será sistemáticamente en manos de condicionamientos directos o indirectos, destinados a desarticular, descompensar la posición del modelo “democrático”.

Los esfuerzos de la política por alcanzar una función democrática solo constituye un irrelevante marco al valor de su verdadera identidad.

La “política” y los cuerpos institucionales representativos en ella sustentados se han estructurado, buscando traducir a través de sus ordenamientos un modelo funcional capaz de ser considerado entidad portante de bien definidas características “democráticas”.

En tal sentido la “política” ha construido
un andamiaje estructural
a cuyo interno la “democracia”,
parece gozar de sanas garantías
para poder ser ejercida según principios y fundamentos de base.

En realidad el sistema a sustento de los órganos de conducción y ordenamiento, encargados de elaborar y ejercer las normas destinadas a traducirse en poder de decisión, se ha revelado con el tiempo un grupo de entidades cuya gestión y relación resulta extremamente compleja.

Si esa complejidad asegura a la “democracia” de disponer de las garantías necesarias para ser ejercitada en plena seguridad estructural, la complejidad de la arquitectura de las

partes la hace engorrosa.
La compleja y engorrosa arquitectura de la configuración estructural de la “democracia”, la hace propensa a tejer complicadas tramas en el campo de las interrelaciones funcionales de sus partes.

Las complejas tramas funcionales
encuentran negativas repercusiones
en el tratamiento de las disposiciones de tomar y aplicar,
referidas a la conducción y ordenamiento
de las condiciones de la forma de vida.

El sistema estructural adoptado políticamente ya de tiempo (inicios de la “democracia”) adolece de la capacidad de eficiencia en responder a una actual faz evolutiva, necesitada de un nivel de decisiones en grado de ser elaboradas y aplicadas en sus mejor modo en tiempos de breve duración.
En caso contrario las iniciativas tomadas en el campo de las decisiones normativas de ser implementadas, corren el serio riesgo de resultar inútiles porque ya superadas de la presencia de nuevas circunstancias.

A intervenir en hacer complejas y engorrosa las maniobras de conducción y ordenamiento de índole “democrático”, no solo es de atribuir a la configuración estructural y funcional del sistema.

También en este caso a prolongar en exceso
el tiempo de elaboración de las normas,
dispuestas a intervenir
en las decisiones de tomar
en el campo de conducción y ordenamiento,
entra en juego el factor humano.

Las interminables e improductivas discusiones, contraposiciones, confrontaciones generadas sobre un cualquier proyecto, provoca entre las distintas posiciones ideológicas componentes los diversos cuerpos institucionales, desencuentros destinados a prolongar en forma indeterminada el curso de una disposición a tomar.

La linea seguida de las diversas posiciones ideológicas presentes en los cuerpos institucionales, hacen del confronto el punto central en el ejercicio de sus funciones antes de dar total pre-valencia, a la capacidad de incidencia del factor tratado sobre las condiciones de la forma de vida.

Las modificaciones sufridas por un proyecto al interno de los cuerpos institucionales con el relativo pasaje de ida y vuelta de uno a otro, incrementa en modo exasperan-te el tiempo empleado para poner en ejercicio nuevas e importantes normativas.

También en este caso la lentitud (rayana en la in-eficiencia) del sistema de base “democrática”, lo hace vulnerable a justas, lógicas críticas desprestigian-tes en cuanto al desenvolvimiento funcional de sus estructuras.

Para el caso la “política”
o mejor el ser humano en grado de ejercitarla
no presenta la suficiente
“cultura democrática”
para desempeñar sus funciones
en el justo nivel de eficiencia requerido.

Para la “democracia” el punto primario y fundamental es interpretar la propia función centrándola sobre el bien común, no en sostén de las propias posiciones ideológico - políticas.

Las ideologías políticas son de considerar entidades secundarias cuando entran en juego decisiones relacionadas directamente con el bien común.

El interpretar el bien común en modo diverso es provocado por una ineficiente formación y preparación cultural “democrática”, quien como propia premisa es proyectada a unificar criterios en tal sentido.

En la modalidad asumida de la intervención humana en el acto de la forma de operar de la “política”, se refleja una clara y bien definida tendencia a sufrir las serias influencias y condicionamientos provenientes de la dominante “cultura de la incivilidad”.

Respondiendo a una propia otra posición
la “democracia”
(solo dependiente
de una estable posición conceptual y cultural),
presenta las condiciones necesarias
para ser
siempre e indefectiblemente ella misma.

La diferencia existente entre la “política” y la “democracia” radica en que mientras la primera depende para ser elaborada y aplicada del ser humano, la segunda es el producto de una posición conceptual y cultural fiel a si misma.

El inevitable error surge cuando asociando funcional-mente una a la otra se la hace entrar en forma paralela a la misma caldera del diablo.

Cuanto la “política” se presente mas o menos “democrática” no depende de esta última. Depende de cuanto la primera haya sido en grado de liberarse del dominio de la “cultura de la incivilidad” (proyectada sobre el ser humano), para dar una propia y “civil” entidad a sus estructuras y funciones.

La relación entre la “política” y la “democracia”
es el resultado de un proyecto
destinado a dar vida
a la configuración estructural y funcional
de un sistema,
no a una asociación de símiles características culturales.

Es justamente la diferencia del origen y el de-curso cultural existente entre la “política” y la “democracia”, el fundamental y dificultoso punto (probablemente insuperable) en presentar comunes condiciones a constituir una solución concilian-te.

Tan difícil o mejor contradictorio es a la “política” identificarse plenamente en el plano estructural y funcional con la “democracia”, como a esta hacerlo con su necesaria y en extremo imperfecta contra parte.

Reducir la “democracia” a un modelo de ejercicio político es una pobre e irreverente fábula respecto a la extensión general de su valor conceptual.

La proyección de un justo ejercicio de la “democracia” se obtiene enseñando e inculcando profundamente en el espíritu, la esencia de la entera extensión de sus posiciones conceptuales.

Para generar un real proceso de formación en el conocimiento de la “democracia” es preciso dividir el procedimiento en dos partes.

Un sector es de dedicar a la justa interpretación de sus estructuras y funciones basadas en preceptos, principios y fundamentos de base y de las partes subsecuentes derivadas de los mismos.

El segundo sector tomará contacto y conocimiento con la entidad cultural de ella desprendida, e interesada a participar e intervenir activamente sobre las condiciones generales y comunes de la forma de vida.

La “democracia”
como entidad conceptual y cultural
de extremo y revolucionario valor,
surgida improvisamente
al interno del proceso evolutivo humano
merece ser analizada y estudiada con particular atención.

Al momento todo aquello surgido en torno a la “democracia” se presenta como un cúmulo de nebulosas condiciones conceptuales. Sobre ellas cada individualidad parece disponer del derecho de interpretar y definir según propios puntos de vista.

Así encuadrada la “democracia” se presenta como un cuerpo amorfo dispuesta a ser utilizada en modo de otorgarle, un indefinido timbre relacionado con las propias características personales.

La “democracia” no disponiendo de un real y completo conocimiento de parte de quien la enarbola y menos aún de aquellos indiferentes a su presencia, se propone como una entidad factible de ser manipulada para convertirla en emblema de la propia forma de pensar.

La “democracia” producto de un conocimiento intuitivo a portada de todos, es en realidad una entidad conceptual y cultural totalmente desconocida.

La “democracia”
como todas aquellas
posiciones conceptuales y culturales
hijas de deseos finalmente cumplidos,
pasa a constituirse
en una entidad predispuesta a ser fantaseada.

Fantaseada en beneficiosa proyección por quienes (son la gran mayoría) cuentan con ella para dar cuerpo en total libertad de acción, a todo tipo de elucubraciones dotadas de propias ilimitadas progresiones.

Para los desconocedores de la real concepción “democrática”, ella es en grado de otorgar

todo tipo de beneficio sin requerir exigencias de cumplir.

La “democracia” debe dejar de ser utilizada como un instrumento de acomodar a voluntad a la propia forma de pensar, para convertirse en una entidad con la capacidad rectora de conducir con rigurosidad y eficiencia, el entero desenvolvimiento de las condiciones generales de la forma de vida.

Con su característica posición conciliadora y presentándose disponible a todo tipo de maniobras, la “democracia” se ha reducido a representar el papel de comparsa en el interminable desmoralizan-te carnaval humano, siempre dispuesto a renovar sus máscaras mas grotescas.
Máscaras renovadas al interno de un in-variado de-curso de base dominado de la “cultura de la incivilidad”.

Pese a la corta permanencia temporal
de la “democracia”
(en relación con el prolongado
proceso evolutivo humano),
es de constatar un negativo devenir
de la proyección de su posición conceptual y cultural.

Proyección solo factible de ser subvertida a partir de una profunda y rigurosa instrucción de ser realizada sobre la materia “democracia”.
Materia de ser inserida y sostenida como institución conceptual y cultural formativa en su justa y merecida posición de privilegio.

La “democracia” real y efectivamente aplicada en todos sus campos conceptuales y culturales, debe pasar a ocupar con la condición de residencia estable una bien definida y acertada posición de privilegio.

Privilegio dotado de la capacidad de decidir sobre los distintos directos frentes operativos (estructuras y funciones institucionales y políticas), actuando, controlando y procediendo a renovar las estancadas fuentes de in-eficiencia.

Fuentes de in-eficiencia
de ser
eliminadas radicalmente
del contexto estructural y funcional,
de los esenciales
órganos
de conducción y ordenamiento
dotados del poder de decisión.

Si la “democracia” no re-dimensiona en modo incisivo y terminante su posición en el ámbito de los poderes de decisión, solo puede esperar con el transcurrir del tiempo y el incumben-te proceso de degrado, extinguirse como una vela destinada a apagarse lentamente a medida que se consuma.

La realidad permite constatar en cambio cuanto reina al interno de las masas sociales el total desconocimiento, de las posiciones surgidas de la concepción “democrática” de ser generadas al interno de la forma de vida.

Desconocimiento no solo de la entera entidad conceptual y cultural de la configuración

“democrática”, sino de las bases substanciales mas elementales y representativas de la misma.
Así realmente desconocida la “democracia” (ya puesta en práctica y utilizada de tiempo), corre el serio riesgo de convertirse en primera figura de una extraña parodia.

La parodia se ve representada y actuante
en un medio interesado a fantasear
sobre inexistentes condiciones,
desconociendo
sus fundamentales, reales y mas preciosos valores.

La “democracia” para ser ejercitada en el mejor de los modos y no en forma complementaria, es necesario pase a formar parte de un modelo de instrucción general destinado a implementar un completo conocimiento de su posición y componentes conceptuales y culturales.

Instrucción necesitada de implementar una adecuada planificación programática finalizada a elaborar y configurar un proyecto formativo integral de la “democracia”.
Proyecto de ser aplicado lo antes posible como materia en el primordial ámbito referido a la instrucción escolástica.

Es necesario despertar en los enteros cuerpos sociales el interés por conocer a fondo la verdadera identidad e idiosincrasia, de las posiciones conceptuales y culturales de la “democracia”.

Es preciso cancelar la facilidad de acomodar la “democracia” a todo aquello surgido de las propias intuiciones.

Las intuiciones, los apoyos emocionales,
las aperturas de nuevas vías de libertad,
la posibilidad de eliminar
la triste plaga de las desigualdades
y tantas otras justas metas de obtener,
han sido puestas por la política en manos de la “democracia”.

A nada sirve la ilusión de obtener magnificas metas jamás alcanzadas, si para realizar los hechos concretos no se responde con una articulada programación de actos responsables.
Actos responsables dotados inevitablemente de exigencias de ser cumplidas para poder llevar a cabo el proyecto.

La cultura “democrática” y la libertad responsable.

El espíritu de “libertad” constituye una de las bases substanciales de la “cultura democrática”.

El espíritu de “libertad” es una dote recibida de la cultura “democrática” destinada a cambiar y mejorar (correctamente utilizada), el entero campo de las condiciones de la forma de vida en general.
El uso de la “libertad” implica también exigencias de cumplir para dar a tan importante condición un justo empleo.

La “libertad” exige para su justo empleo introducir al ejercicio de tal función un fundamental complemento aplicativo.

De la integración de los términos
para una adecuada
o mejor eficiente
capacidad de función,
resulta la componente asociada
de definir “libertad responsable”.

La “libertad” carente a la base de su ejercicio de la “responsabilidad” aplicativa suficiente para otorgarle eficiencia funcional, se convierte en una peligrosa y negativa arma de doble filo:

Por un lado concede ventajas a los intereses personales.

Por otro se constituye en un oculto campo minado pronto a descargar su agresividad en el terreno de los actos de relación humana.

La “libertad” como entidad cultura puesta en juego de la “democracia”, concede seguros beneficios, pero exige al mismo tiempo la presencia de un elevado nivel de “responsabilidad” adquirida en el ejercicio de su utilizo.

Sin un alto y bien desarrollado nivel de “responsabilidad” en el uso de la “libertad”, tal dote concedida por la “democracia” se presenta en grado de intervenir en forma opuesta a la establecida.

Sin una justa protección
de la “libertad democrática”
haciéndola “responsable” de su forma de proceder,
su función primaria
se desnaturaliza a tal punto
de constituirse en una entidad negativa.

El atributo de la “libertad” irresponsable-mente desarrollada y aplicada (sin ninguna restricción), se transforma en un instrumento puesto en manos de las aún en plena vigencia culturas primitivas y factores negativos instintivos.

La “libertad” con el pasaporte de la irresponsabilidad constituye una gratuita y bien recibida concesión a la “cultura de la incivilidad”, siempre dispuesta a aceptar dádivas proyectadas a incrementar su dominio.

La “libertad irresponsable”
es posible definir-la
como el producto resultante de una práctica
surgida de la espontánea
manifestación del propio criterio.

Otra y sumamente importante función negativa de la “libertad irresponsable” es la de crear las condiciones mas adecuadas, a incrementar la descomposición de los comunes actos realizados al interno de la forma de vida (comporta-mentales, de convivencia y de relación).

El caso de la “libertad” y la doble posibilidad en el modo de ser aplicada (responsable o

positiva- irresponsable o negativa), pone de manifiesto la necesidad de implementar una decidida acción formativa, destinada a esclarecer posiciones en el ferruginoso y desconocido campo de la “democracia”.

Se rinde a este punto obligatorio encuadrar la “democracia” (tanto bajo el aspecto conceptual como cultural), en un programa de instrucción formativa.

Instrucción formativa finalizada
a poner en justo conocimiento general,
las diversas alternativas y consecuencias
emanadas
de un correcto o incorrecto utilizo
de los preciados atributos ofrecidos por la “democracia”.

El arbitrario e irresponsable uso de la “libertad” termina por repercutir condicionando y debilitando los propios fundamentos “democráticos”.

Fundamentos “democráticos” incapaces de determinar y aplicar las normas rectoras indispensables a dar a los componentes de la propia posición conceptual y cultural, una precisa identidad de eficiente configuración y encuadramiento funcional.

La “democracia” dejada interesadamente de la política y de las ideología sin un serio contenido de normas rectoras en el uso de sus atributos, ha sido utilizada como instrumento de promoción.

Finalmente los promocionados atributos conceptuales y culturales generados por la “democracia”, han pasado a constituir un producto indefinido en grado de ser considerado propiedad de todos y de ninguno.

La actitud de las ideologías
(y de su consecuencia la política)
han dado a la “democracia”
y a sus posiciones conceptuales y culturales,
las características de una entidad
proyectada
en una nebulosa
factible de ser interpretada según propias posiciones.

La “democracia” es presentada por las ideologías y por la política con una identidad indefinida, compuesta de factores conceptuales y culturales de ser configuradas según propias elaboraciones de estructuras y funciones.

La “democracia” sirve a ser presentada por las ideologías y la política como un instrumento “híbrido”, siendo ellas las encargadas de darle forma estructural y funcional.

El espíritu y contenido de la “democracia” va mas allá de toda especulación ideológica en busca de centrar su identidad en una común posición conceptual.

Por las absurdas, confusas (y quizás premeditadas) condiciones creadas en torno a la “democracia”, se hace necesario comenzar por establecer las justas reglas funcionales de uno de sus caballos de batalla la “libertad”.

En la formación, instrucción e introducción
a una “libertad responsable”,
son de indicar
en modo cuidadoso y detallado
la importancia, pormenores y consecuencias
de las formas y modos de ser asumidas por la “libertad”.

Es imprescindible determinar en el acto formativo de la instrucción la fundamental diferencia entre la “libertad” aplicada en modo responsable, benéfico, constructivo y su opuesto, irresponsable, negativo y destructivo.

En el determinar las distintas o mejor opuestas direcciones asumidas por el ejercicio de las condiciones de la “libertad”, es de considerar indispensable implementar un riguroso proceso formativo sobre el entero contexto “democrático” (tanto del campo conceptual como cultural.

El término “responsabilidad” es una condición factible de ser aplicada en todos los órdenes.
Invistiendo la “libertad” con ese signo el producto complejo adquiere el significado de ser imprescindible-mente practicado en el entero campo de la forma de vida.

**La cultura democrática abarca un amplio espectro conceptual-cultural
y comprende el entero campo de las actividades humanas.**

A través de la “libertad” y el justo responsable empleo de su uso se hace simple y consecuente interpretar, cuanto el ámbito conceptual y cultural de la “democracia” no se proyecta sobre un limitado campo de acción.

En el caso de la “libertad”
(como la mayor parte de los componentes
conceptuales o culturales de índole “democrática”),
la materia tratada
hace referencia
a factores intervinientes
en el entero campo de acción de la forma de vida.

La intención de intervenir sobre el completo campo de acción de la forma de vida asumido por las iniciativas “democráticas”, pone de manifiesto la clara intención de buscar reflejarse sobre la disposición funcional del entero contexto humano.

Probablemente la “democracia” necesita ser mas integralmente definida y encuadrada en su real investidura de entidad conceptual y cultural “universal”.

La condición de “universalidad de la democracia” no ha sido tenida en consideración o mejor totalmente dejada de lado, pues incorporada al interno de un modelo “aislacionista-divisionista” de configuración de los cuerpos sociales planetarios.

La “democracia” pertenece a una formación conceptual y cultural dotada de netas características unifican-tes.

Características en total completa relación
con un proceso de “integración social planetaria”
y no con su opuesto en vigencia
(aislacionista- divisionista).

La “democracia” no se presenta proponiendo medidas, planes de organización u ordenamientos de la forma de vida.

Se proyecta estableciendo normas generales dispuestas a intervenir y encuadrar la forma de vida, para llegar a adquirir un regular y estable equilibrio interno de función.

La “democracia” a través de sus preceptos y principios así como en sus posiciones culturales, da la impresión de centrar sus mayores intentos en esclarecer y mejorar las negativas condiciones de función de los mas importantes factores humanos.

Factores de índole general estrechamente relacionados con un desenvolvimiento plagado de actos y hechos “inciviles”.

La “democracia” como entidad
de proyección temática universal
se apoya y sostiene en una definida posición
situada en el campo
de la “cultura de la civilidad”

Trata de intervenir no materialmente pero puede ser utilizada para hacerlo, como en el caso de las ideologías y su consecuencia la política.

Su modo de intervenir es aquel conceptual y cultural poniendo de manifiesto la necesidad de todo aquello de ser corregido y mejorado con sentido de futuro, en las confusas y contradictorias dinámicas y mecanismos humanos.

La proyección conceptual y cultural de las propuestas “democráticas” a través del tiempo, se proponen con un esclarecedor y positivo sentido de futuro.

La “democracia”
como entidad conceptual y cultural
parece señalar la existencia
de una humana posibilidad,
de encaminarse hacia una configuración general
mas justa equilibrada e igualitaria.

La “democracia” como emblema de “civilidad” se proyecta a diferenciar y aislar para mejor distinguirlos, a todos los tipos de desigualdades, de manifestaciones surgidas de culturas primitivas y de los factores negativos instintivos, o de extremas configuraciones basadas en retrógrados modelos de desenvolvimiento.

En los retrógrados modelos pululan en un recíproco contaminado ambiente, la corrupción concebida de mil maneras y la pasión por el ejercicio de la agresiva, violenta solución de los problemas de relación por medio de los conflictos bélicos etc. etc.

La “democracia” con su inserción en el contexto humano se presenta como un desafío conceptual y cultural, destinado a proyectar a la humanidad hacia un distinto y al mismo tiempo mas luminoso y mejor futuro.

La “democracia”
(como no podía ser de otra manera),
ha entablado a través
de sus posiciones conceptuales y culturales
una desigual lucha a distancia
con la “cultura de la incivilidad”.

Para intentar lograr su objetivo se ha propuesto (con escaso éxito) intervenir en algún modo sobre los múltiples factores de índole general dominados por la “cultura de la incivilidad”.

La primaria función de la “democracia” es aquella de proceder en modo indirecto (mas que esclarecer a diferenciar), como se presentan los factores puestos en juego estableciendo las opuestas características entre ella y las formas ofrecidas bajo el signo de la “cultura de la incivilidad”.

La “democracia” en su momento portadora de trascendentes cambios provocados por sus posiciones conceptuales al interno de los órganos de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales, se ha demostrado capaz de constituirse importante ejemplo del positivo valor de su cultura.

La contribución conceptual y cultural
de la “democracia”
asumen en la orientación de sus funciones
características generalizadas
de atribuir a indicaciones emanadas
de la “cultura de la civilidad”.

Directivas dirigidas ante todo a transformar la configuración de base del entero campo de sectores componentes la forma de vida.

Desde el punto de vista de la “democracia” real la humanidad se encuentra en un confuso y des-articulado preámbulo de su concreta aplicación.

Considerando en modo optimista a la “democracia” como un instrumento conceptual y cultural con aún larga permanencia en el contexto humano, su desconcertante devenir propone como indicación aquella de encontrase en una faz confusa de su concreta y real aplicación.

La posición de optimismo respecto a la permanencia de la “democracia” al interno del contexto humano, no es la consecuencia de análisis positivos respecto al hecho sino intencionalmente provocativo.

Provocación destinada
a dar
una justa ubicación
a la aún extrema precaria condición cultural,
a cuyo interno se halla inmerso
y compulsiva-mente estancado
el entero contexto humano.

De la precaria estancada inmovilizada condición cultural humana, es prueba el des-articulado modo de utilizo de la apertura conceptual ofrecido por la “democracia”.

Después de un inicio a nivel de aplicación operativa saludado con todas las pompas de una extraordinaria revolución cultural, la “democracia” y las estructuras y funciones de ellas derivadas, en lugar de seguir un proceso de afirmación y consolidación se han introducido en una faz de estancamiento.
La afirmación y consolidación de la “democracia” según quienes sostienen tal hecho, es en realidad el producto de una forma de promoción nacida de las necesidades circunstanciales de las ideologías y de la política, en busca de consolidar sus propias posiciones.

Con el transcurrir del tiempo el andamiaje estructural y conceptual construido en torno a la posición “democrática” de los órganos de conducción y ordenamiento, comenzó a dar señales del negativo uso humano del sistema.

Las señales negativas
no solo se han hecho mas nítidas
sino se han incrementado,
al punto de convertir al entero sistema
basado en el modelo “democrático”,
en un ente ineficiente y obsoleto a desempeñar sus funciones.

La rápida conversión (realizada al pasaje de un corto tiempo evolutivo) de una panacea conquistada a un sistema obsoleto, descarga sobre la negativa condición cultural humana la gran mayor parte en la atribución de las responsabilidades.

Para el caso cuanto la “democracia” y las estructuras y funciones creadas a partir de su posición cultural han sido desnaturalizadas, es tan evidente de no necesitar rendir cuentas argumentales al respecto.

La decadencia, el degrado y el supuesto fracaso del sistema “democrático” pone en cambio en clara evidencia, la decisiva presencia de una condición cultural humana de escaso, ínfimo nivel.

Condición humana de tan escaso e ínfimo nivel
de resultar un acto imposible,
hacerle asumir la responsabilidad de conducir con eficiencia,
un sistema como el “democrático”
inspirado por la “cultura de la civilidad”.

La “democracia” ha sometido a la humanidad a una prueba en grado de demostrar (con total evidencia), un tal dominio de la “cultura de la incivilidad” de permitirle repeler y desarticular todo intento, dispuesto a producir modificaciones radicales al interno de la forma de vida.

No será la “democracia” u otros modelos imbuidos de “civilidad” introducidos intencional o accidentalmente en la forma de vida, quienes serán en grado cambiar y mucho menos de transformar (como es indispensable) las reglas del juego.

Con la introducción de “civiles” intuiciones parciales las dominantes características de “incivilidad”, dispuestas en determinante dotación en los distintos modos y tipos de

desenvolvimiento humano, continuarán imperturbables su inamovible e inviolado tránsito evolutivo.

La humanidad debe centrar sus mayores esfuerzos en entablar una lucha directa cuyo destino prioritario, es aquel de identificar con precisión y utilizar todos los medios a disposición, para cancelar una entidad cultural (la “incivilidad”) de alto poder y con una extrema carga negativa.

La “cultura de la incivilidad”
con su dominante e inamovible presencia
impide a la humanidad de proyectar, planificar y ejecutar
una eficiente programación evolutiva,
en torno a un proceso necesaria e integralmente nuevo.

Proceso innovador de ubicar en el rol mas importante, prioritario, representativo y de primer protagonista a la “cultura de la civilidad”.

La humanidad se presenta aún extremamente inmadura e imperfecta a ejercitar sus funciones de vida en modo realmente democrático.

Toda la presente seguridad emanada de una real, efectiva, adecuada y justa práctica del sistema “democrático”, es fruto:

del total desconocimiento conceptual y cultural en torno a cuyo
desaprensivo eje se desenvuelve el proceso.
o
de posiciones ideológicas de “conveniencia” destinadas a contener y en lo
posible evitar el desmoronamiento del sistema.

La adopción del modelo “democrático” como instrumento base en la construcción y montaje, del andamiaje de las estructuras y funciones destinadas a construir el poder de decisión de los órganos de conducción y ordenamiento de los cuerpos sociales, es de considerar (a la luz del negativo de-curso seguido por el proceso a lo largo del tiempo), un típico acto de presuntuosidad humana.

El ser humano según la propia presuntuosa condición de creerse en grado de dar cuerpo a todo tipo de empresa, debería antes de poner en práctica cambios trascendentes, asegurarse de contar con las bases necesarias para llevarla a cabo.

La puesta en marcha de la “democracia” al adolecer de las bases culturales necesarias a permitir un su justo proceso de crecimiento, desarrollo y evolución, solo ha encontrado un terreno plagado de contradicciones.
En realidad la aceptación formal del sistema no coincidía con las condiciones culturales vigentes en el medio ambiente.

Las condiciones culturales presentes
(incivilidad)
no solo no coincidían con aquellas
propuestas por el sistema “democrático”
(civilidad),
sino pertenecía al versan-te situado al extremo opuesto.

Ante la contrapuesta situación de base de la fundamental condición cultural en el desenvolvimiento de la forma de vida (“incivilidad”), respecto a la desarrollada por la “democracia”, era lógico prever la pre-valencia de aquella entidad con mayor posibilidad de dominio.

Ante tal bien definido panorama la negativa cultura dominante ha dispuesto con paciencia y cuidado estratégico, las medidas necesarias para contrarrestar los efectos de la “democracia”.

Con gran capacidad operativa
la “cultura de la incivilidad”
ha sumido el proceso
de afirmación crecimiento y desarrollo
del sistema “democrático”,
en el sopor de un prolongado estancamiento.

Estancamiento producido por el mas eficiente e inadvertido aleado ejecutivo de la “cultura de la incivilidad”, el ser humano.

Los restos de la “democracia” y de su entero sistema estructural y funcional (una vez suficientemente degradados), pasarán a forma parte del asociado contingente bajo el rector dominio de la “cultura de la incivilidad”.

Así todo volverá a ser como antes del advenimiento e inserción de la “democracia”, aún cuando su confirmada presencia se presente en realidad como un instrumento meramente decorativo.

El real ejercicio democrático es un lujo cultural de ser considerado de la humanidad un sueño de alcanzar aun en estado embrionario de no configuración.

Si la “democracia” no es empleada según las indicaciones surgidas de su entero valor conceptual y cultural, los efectos funcionales de ella derivados se presentan como un rompecabezas incompleto.

Rompecabezas incompleto
de cuyo contexto
se han perdido algunos componentes
y por ello imposible de obtener,
una imagen real y completa del boceto proyectado
de ser configurado como una unidad integrada.

El ser humano ha demostrado durante el proceso de inserción e instauración del sistema “democrático” al interno de la forma de vida y de los cuerpos sociales, una total imposibilidad cultural (no intencional) a darle justas condiciones de función.

La “democracia” se presentó como una entidad o sistema cuyas características rompía abiertamente con aquellos modelos, destinados a cumplir con siempre idénticas substanciales disposiciones operativas.

La “democracia” sometida al control de las posiciones culturales de siempre dominantes, no ha tenido la posibilidad de desarrollar aquellas amplias, numerosas, propias y diversas funciones impregnadas de “civilidad”.

La dificultad o mejor la imposibilidad de la “democracia” de desarrollar sus naturales tendencias culturales, a lo largo de su presencia en el entero proceso evolutivo al interno del contexto humano, no le ha permitido dar a sus funciones un claro sentido de propia pertenencia.

Pese a su posición de privilegio (solo aparente) y al tiempo transcurrido al interno del contexto humano y de la forma de vida, la “democracia” en función de transmitir sus posiciones conceptuales y culturales, solo ha podido presentarse como una primaria, indiferenciada entidad embrionaria.

El contacto del ser humano
con la “democracia”
(a parte de los fuegos artificiales
y de todos los convencionales homenajes rendidos),
se ha reducido a una efímera, superficial
toma de conciencia de su presencia.

La “democracia” continua a ser a todos los efectos una entidad cultural de índole desconocida, a cuyas posiciones conceptuales cada uno puede incorporar las mas fabules-cas propias convicciones, creyendo erróneamente formar parte de ella.

Es significativo cuanto se ignora de la “democracia” como concepción y cultura y cuanto se supone conocerla en sus mas mínimos detalles.

En realidad el pasaje de la “democracia” en la campo de la forma de vida humana, es mas fácil y emotiva-mente complaciente considerarlo un sueño de poder adornar al propio gusto.

La vía de acceso
a un real advenimiento y ejercicio
de la “democracia”,
es seguir un minucioso y riguroso proceso de cancelación
de la vigente y dominante “cultura de la incivilidad”.

Entidad de ser reemplazada por aquella de tendencia opuesta representada por la “cultura de la civilidad”.

Al estado de las condiciones culturales operativas en vigencia (dominadas de la “incivilidad), la “democracia” en su real e integral condición aplicativa y operativa funcional conceptual y cultural, es de considerar para el ser humano un inaccesible e inalcanzable lujo.

Epilogo.

La presencia de la “democracia” constituye un bien definido ejemplo de la presencia de la “cultura de la civilidad” en el ámbito humano.

La “democracia” a lo largo
de su contrastado y controvertido de-curso,
ha sufrido innumerables vejaciones,
traducidas en todo tipo de transgresiones
a sus posiciones conceptuales y culturales.

Los preceptos, principios y fundamentos “democráticos” han sido y son utilizados para alimentar propios interese electorales, sin la menor intención de respetar los valores integrales de los mismos.

El ser humano ha desaprovechado y continua a hacerlo los intrínsecos revolucionarios valores conceptuales y culturales “democráticos”.
Desaprovechado porque es de considerar consumada o ya en vías de concreción el proceso de regresión del entero sistema configurado en torno a la “democracia”.

En el proceso de des-naturalización del fenómeno “democrático” han intervenido una serie de factores asociados.

Entre los factores mas importantes y decisivos
son de señalar
ideologías, política, configuración de estructuras y funciones,
plena vigencia de culturas primitivas,
factores negativos instintivos,
dominio ambiental de la “cultura de la incivilidad”.

La des-naturalización de las concepciones y cultura de índole “democrática”, han conducido a hacerle transitar el camino de la decadencia y del degrado paulatino probablemente irreversible.

La capacidad de apertura de la “democracia” hacia nuevas forma de pensar no solo en el ámbito de la configuración de innovadores modelos de ordenamiento, sino del entero contexto de condiciones referidas a la forma de vida, ha sido arbitrariamente interpretada.

Arbitraria interpretación considerando la apertura “democrática” una autorización a proponer todo tipo de modelos aplicativos, en el entero espectro de sectores componentes la forma de vida; aún aquellos carentes de elaboración racional o no basados en el discernimiento lógico.

La “libertad irresponsable o libertinaje”, se apropio de todos los campos de la forma de pensar.

Las virtudes y valores “democráticos”
mas sentidos
se transforman involuntaria pero concreta-mente
(utilizado por un medio ambiente humano
no preparado a emplearlos con eficiencia),
en instrumentos promotores de caóticas situaciones consecuentes.

Las justas y lógicas intenciones de la “democracia” de provocar un profundo cambio de mejoramiento conceptual y cultural al interno de todos los sectores de la forma de vida , se trastocó desencadenando un intrincado negativo proceso en cadena.
Un proceso involucran-te todos los planos del desenvolvimiento humano.

La “democracia” en manos de agentes intencionados a des-naturalizar-la, a malversar-la, a inducir a la práctica de la “libertad irresponsable (por citar solo unos pocos de los tantos hechos denigratorios), ha cumplido con los requisitos necesarios para hacerla plena y totalmente desaprovechada.

El degrado y la decadencia de la “democracia” (excelsa representante de la “civilidad”),

constituye una obra maestra perpetrada por una cada vez mas sofisticada, actualizada y efectiva “cultura de la incivilidad”.